

CAPÍTULO VII

Desarrollo histórico y variabilidad espacial de las comunidades alfareras del Norte Semiárido (ca. 300 años a.C. a 1.450 años d.C.)

ANDRÉS TRONCOSO, GABRIEL CANTARUTTI Y PAOLA GONZÁLEZ

La aparición de la alfarería en el Norte Semiárido (NSA) se ha usado como marcador para definir un Periodo Alfarero subdividido en Temprano, Medio e Intermedio Tardío*. La información con que contamos para estos momentos es desigual a lo largo de la región, debido a las distintas intensidades y enfoques que ha tenido la investigación, lo que ha llevado a la construcción de propuestas interpretativas que parten desde premisas o datos de naturaleza divergente. No obstante ello, y a pesar de haberse propuesto una secuencia homogénea para el NSA, diferentes autores han reconocido la existencia de variabilidades sub-regionales, que dan cuenta de particularidades locales en el desarrollo de las comunidades prehispánicas¹. En este capítulo combinaremos una organización temporal de la discusión con otra de corte espacial, distinguiendo las dinámicas de los procesos culturales que ocurren en las regiones de Atacama y de Coquimbo.

1. El Periodo Alfarero Temprano (PAT)

El Periodo Alfarero Temprano comenzó a ser definido por Cornely² a partir de los resultados de sus excavaciones en los cementerios de El Molle en el valle de Elqui, los que arrojaron un conjunto artefactual diferente al conocido para la cultura Diaguita. Denominada como cultura El Molle por ese autor, y posteriormente rebautizada como complejo cultural El Molle³, Cornely⁴ la ubicó temporalmente después de los cazadores-recolectores sin alfarería y previo al desarrollo de la cultura Diaguita. Su distribución se definió desde el valle de Copiapó por el norte, hasta el valle del Choapa por el sur, mostrando importantes diferencias en este territorio⁵ (Figura 1).

Con el avance de la investigación llegó a proponerse que estas poblaciones correspondían a comunidades agrícolas con domesticación de camélidos y un patrón de asentamiento preferentemente aldeano, ubicándolas entre los inicios de la era cristiana y aproximadamente 800 años d.C.⁶. Para la Región de Coquimbo se planteó para estos grupos un origen vinculado a la fase Quebrada Honda del Periodo Arcaico Tardío⁷, en la cual comenzarían a evidenciarse algunos elementos diagnósticos del posterior complejo cultural El Molle (tembetás, pipas en forma de T, plaquitas de cobre y puntas de proyectil de base cóncava) (Figura 2). Con El Molle emergería una alfarería agrupada en 11 tipos cerámicos caracterizados por el predomi-

* En este capítulo se utilizan fechas calendáricas expresadas en años antes o después de Cristo (a.C.-d.C.).

¹ Pej. Cornely 1953; Niemeyer *et al.* 1989.

² Cornely 1944, 1956a.

³ Ampuero 1972-73; Ampuero y Rivera 1972-73.

⁴ Cornely 1944, 1956a.

⁵ Cornely 1956a; Niemeyer *et al.* 1989.

⁶ Niemeyer *et al.* 1989.

⁷ Kuzmanic y Castillo 1986; Schiappacasse y Niemeyer 1986.

nio de vasijas monocromas grabadas e incisas⁶, así como estilos de arte rupestre en técnica de grabado denominados Limarí y La Silla⁷.

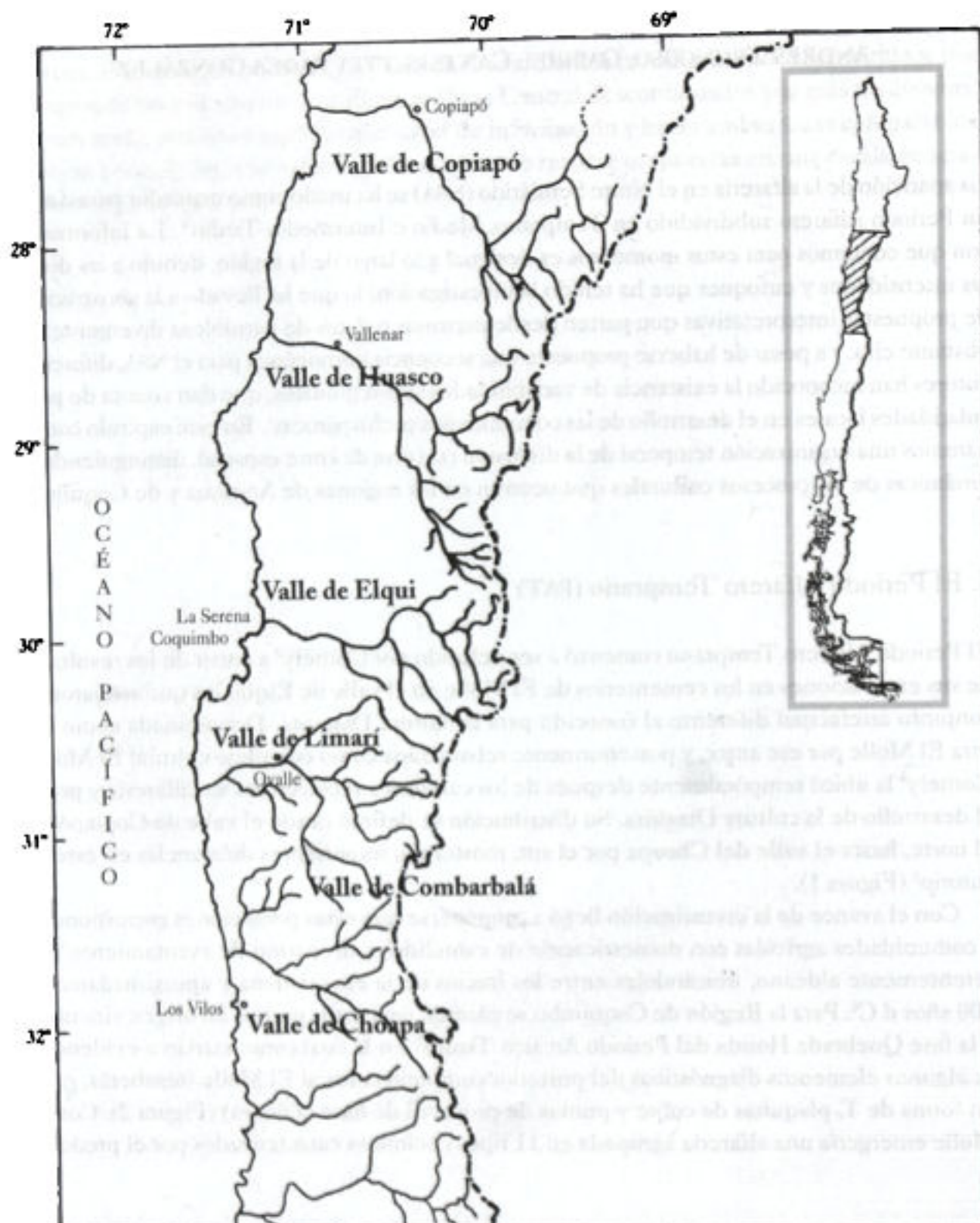


Figura 1. Mapa del Norte Semidrido indicando los principales valles de la región (Mapa adaptado de Niemeyer *et al.* 1989).

⁶ Niemeyer *et al.* 1989.

⁷ Ampuero y Riquelme 1971a; Mostny y Niemeyer 1983; Castillo 1985; Niemeyer y Ballarín 1998.



Figura 2. Conjuntos materiales del Periodo Alfarero Temprano: a) Tembetás tipo botellita, botellita fusiforme y discoidal con aletas; b) Vasijas cerámicas; c) Pipas en forma de T invertida; d) Puntas de proyectil; e) Adornos e instrumentos de metal (Lámina adaptada de figuras de Niemeyer *et al.* 1989).

Tempranamente la investigación¹⁰ destacó una importante heterogeneidad en la expresión y desarrollo del complejo entre los valles del NSA, sugiriendo procesos de regionalización y trayectorias locales. Tal variabilidad ha continuado siendo reconocida en trabajos más recientes¹¹, lo que ha llevado a reevaluar, entre otros aspectos, los patrones de asentamiento y el carácter agropastoril propuesto para estas comunidades¹². Los avances en la investigación sugieren al menos dos ejes de variación dentro del PAT en el NSA, que pasaremos a revisar a continuación: un eje espacial, asociado a las dinámicas particulares que adquiere este momento en los distintos valles de la zona, y un eje temporal, relacionado con las trayectorias históricas locales.

¹⁰ Comely 1956a; Rivera y Ampuero 1969; Castillo 1986; Niemeyer *et al.* 1989.

¹¹ Castillo 1991; Sanhueza, Baudet, Jackson y Contreras 2004; Pavlovic 2004; Pavlovic y Rodríguez 2006.

¹² Pavlovic 2004; Pavlovic y Rodríguez 2006; Méndez y Jackson 2008; Méndez, Troncoso, Jackson y Pavlovic 2009.

1.1. Heterogeneidad cultural y espacial durante el Periodo Alfarero Temprano

1.1.1 Sector septentrional del NSA: Copiapó y Huasco

La información arqueológica con que se cuenta para este sector es heterogénea, pues mientras en Copiapó se han desarrollado intensas investigaciones centradas principalmente en su cuenca media y superior, los trabajos en Huasco son escasos y se remiten mayoritariamente a la excavación de contextos funerarios.

En Copiapó la mayoría de los sitios investigados son a cielo abierto, aunque el uso de reparos rocosos también está ejemplificado en el sitio Cueva de León, que presenta un rico contexto arqueobotánico¹³. En general, los asentamientos se ubican en conos de deyección que los protegerían de posibles crecidas de los cursos fluviales, dominando espacios para el desarrollo de labores agrícolas. En sitios como Carrizalillo Chico, Carrizalillo Chico 2, Cabrera Atada y El Torín coexisten túmulos funerarios con recintos habitacionales, aunque entre ellos se advierten sustantivas diferencias (Figura 3). Mientras en El Torín se reconocen 57 túmulos y dos recintos (pudiendo existir entre los primeros algunas estructuras habitacionales¹⁴), en Carrizalillo Chico se documentan 25 túmulos y 118 estructuras habitacionales. En contraste con El Torín, estas últimas se distribuyen siguiendo un patrón tipo plataforma¹⁵. Las diferencias entre los sitios sugieren intensidades de ocupación diferentes, posiblemente priorizándose unos espacios por sobre otros. Por otro lado, también existen sitios que solo poseen túmulos funerarios, como por ejemplo Ojos de Agua del Montosa, Quebrada Seca y Pedregal, cuya intensidad de ocupación también varía.

En el Huasco, por su parte, se conocen principalmente túmulos funerarios que no se encontrarían asociados a sitios habitacionales. Estos se construyen por medio de grandes acumulaciones de piedra y tierra, a diferencia de los de Copiapó, que son básicamente de tierra y desechos provenientes de ocupaciones habitacionales¹⁶; este hecho y la forma tronco-cónica de los primeros llevaron a sugerir una regionalización de lo Molle, bajo el concepto de fase Río Huasco¹⁷. Ejemplos de estos cementerios son El Durazno, Pinte, Ipipe, Camarones, Bodeguillas, Llano de Los Loros y Los Infieles, entre otros¹⁸.

Al menos para Copiapó, la evidencia sugiere el manejo de cultígenos. En El Torín y Carrizalillo Chico se reconocen herramientas agrícolas como hojas líticas, acompañadas de instrumentos de molienda. Restos de *Chenopodium* sp., cucurbitáceas, porotos morados y overos (*Phaseolus vulgaris*), mazorcas, granos de maíz amarillo y morado se han recuperado en sitios como El Torín y Cueva de León¹⁹. Complementarían a estos productos la recolección de vainas de algarrobo y frutos del pimiento, así como la cacería de animales evidenciada en la presencia de puntas de proyectil triangulares con pedúnculos²⁰. El registro de restos de camélidos en estos sitios es relevante, pero no es claro si corresponden a animales domesticados o no. De momento, el análisis de restos zooarqueológicos del sitio La Ternera, ubicado

¹³ Niemeyer *et al.* 1998a.

¹⁴ Niemeyer y Cervellino 1985; Niemeyer *et al.* 1998a.

¹⁵ Niemeyer *et al.* 1998a.

¹⁶ Gallardo 1990.

¹⁷ Niemeyer 1982; Niemeyer *et al.* 1989.

¹⁸ Inbarren 1955-1956.

¹⁹ Niemeyer *et al.* 1998a.

²⁰ Niemeyer *et al.* 1998a.

en la cordillera de Copiapó, sugiere el registro de llama (*Lama glama*). Desafortunadamente no se cuenta con análisis para otros contextos²¹.

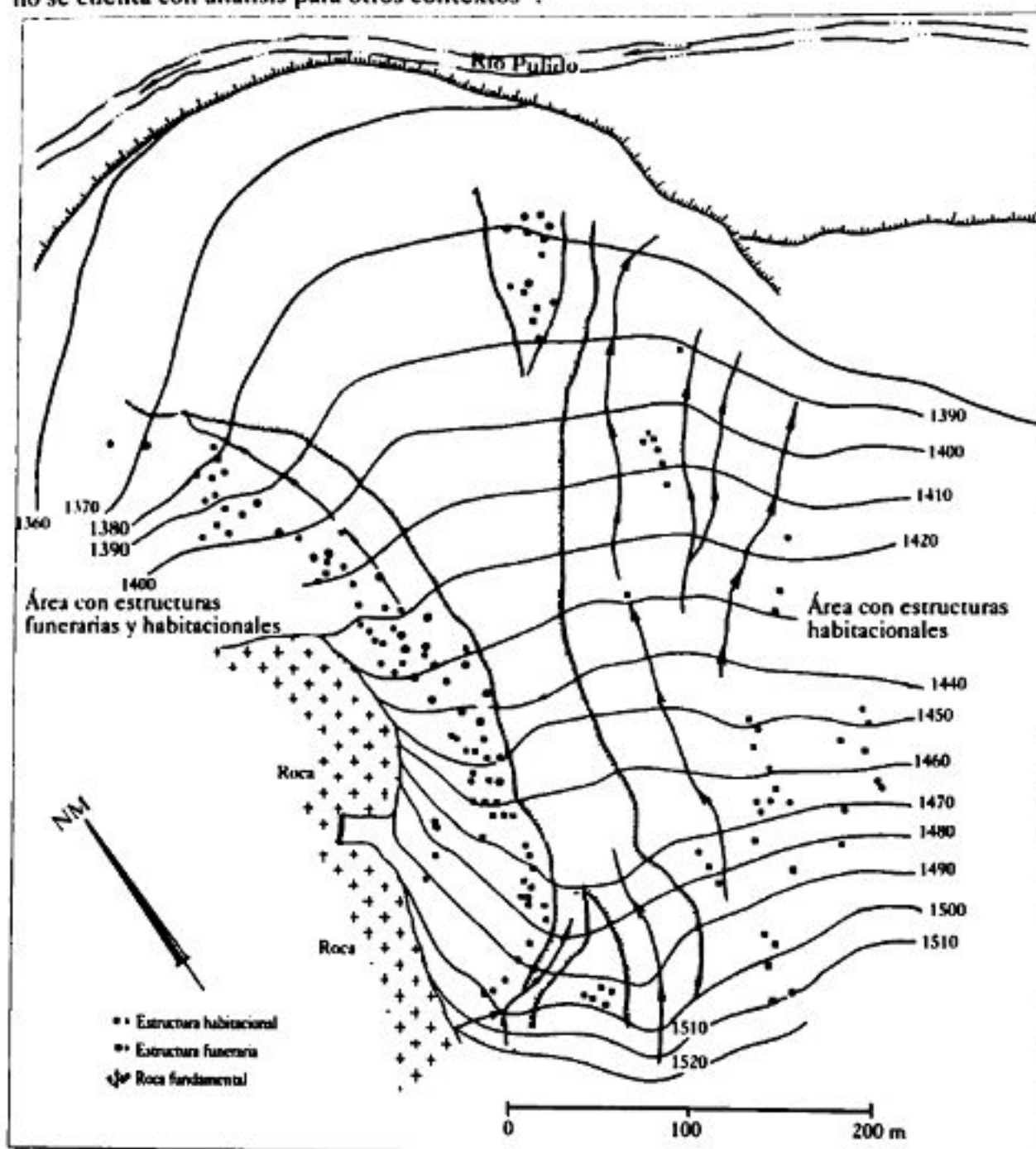


Figura 3. Estructuración espacial de un asentamiento Alfarero Temprano en Copiapó: Carrizalillo Chico (Lámina adaptada de Niemeyer et al. 1989).

La dinámica ceremonial de estas poblaciones se ve mayormente evidenciada en los conjuntos de túmulos, los que si bien muestran diferencias en sus técnicas constructivas, presentan un relleno que corresponde mayormente a basuras provenientes de los espacios domésticos.

²¹ Labarca 2008.

Esto ha llevado a interpretarlos como una inversión contextual del espacio mortuario en relación con el cotidiano²².

Otra cualidad de los túmulos es que expresan un trabajo colectivo en su construcción. Esto, más su disposición en conjunto, sugiere que esta materialidad se constituye en un elemento privilegiado para la reproducción de las comunidades Alfareras Tempranas, donde se establece un ceremonialismo en torno a los antepasados enterrados. Esta reproducción de la comunidad en torno a los ancestros y la señalización de su espacio fúnebre mediante monumentos parece coherente con la dinámica de una sociedad agrícola, que reforzando lazos con sus antepasados legitima y establece derechos sobre el paisaje²³. La relevancia del trabajo comunitario ritual para la construcción de estos monumentos se refleja también en los denominados túmulos simbólicos, reconocidos, por ejemplo, en El Torín y Carrizalillo Chico²⁴. Estos son montículos que no contienen entierros humanos y en su lugar se han depositado rocas. Desafortunadamente desconocemos aún cómo se relaciona a nivel regional esta distribución de cementerios-asentamientos con las formas de complejidad social y organización de las poblaciones del PAT en Copiapó y Huasco. Al menos es interesante destacar que la segregación espacial entre túmulos y espacios habitacionales en Huasco sugiere una dinámica diferencial de estas estrategias de reproducción social en ambos valles.

Los conjuntos materiales de estas poblaciones forman parte de los elementos clásicos del PAT del NSA. Tanto en Copiapó como en Huasco las vasijas son escasas en los contextos funerarios donde predominan piezas sin decoración y de forma restringida. Hay piezas globulares apuntadas y cuencos con base en torus, reconociéndose tipos como el Molle Café Alisado, Molle Negro Pulido y Molle Rojo Pulido, entre otros. Solo en Copiapó se ha reconocido, de momento, el tipo Molle Bicromo²⁵. Para ese valle se tiene registro también del tipo local conocido como El Torín Corriente Apuntado, así como cerámica con improntas de cestería y de cerámica foránea ejemplificada en el tipo San Pedro Negro Pulido, proveniente de la Región de Antofagasta. Esta última daría cuenta de algún tipo de relación establecida con tierras nortinas.

Asimismo, los tembetás de la zona se caracterizan por corresponder mayormente al tipo discoidal con alas, aunque en Copiapó también se ha registrado el botellita fusiforme y en Huasco el botellita curvo²⁶ (Figura 2). En ambos espacios las pipas son de piedra y con forma de T invertida. Finalmente, las evidencias de metalurgia se dan en ambos valles, con adornos corporales manufacturados en base a cobre.

Dos aspectos aún son poco conocidos para el PAT en estos valles. Por un lado, está el tema de las ocupaciones costeras; aunque se reconocen materiales y asentamientos en el litoral²⁷, no es clara la intensidad de estas ocupaciones, ni su patrón de asentamiento. Por otro, si bien se reconoce arte rupestre en ambos valles, tanto en su variedad de pinturas y petroglifos, se desconoce a ciencia cierta si ellos se asocian al PAT o a momentos posteriores. Los intentos por definir estilos rupestres están aún en una etapa de formulación inicial²⁸ y requieren una

²² Gallardo 1990.

²³ Méllanoux 1975; Criado 1991.

²⁴ Niemeyer *et al.* 1998a.

²⁵ Niemeyer *et al.* 1989, 1998a.

²⁶ Niemeyer *et al.* 1989, 1998a.

²⁷ Cornely 1956a; Iribarren 1978a.

²⁸ Castillo 1985; Cervellino 1985.

mayor profundización en el futuro. Sin embargo, pareciera ser claro que en la zona no aparecen representaciones características del arte rupestre más meridional de este periodo, como son las cabezas tiaras.

Finalmente, considerando ambos valles existe menos de una decena de dataciones absolutas publicadas, las que se concentran casi totalmente en Copiapó. Por ahora, los fechados radiocarbónicos (^{14}C) de este valle muestran una ocupación que se remonta a los inicios de la era cristiana, registrándose la más temprana en el sitio Cueva de León (fecha calibrada: 4 a 246 años d.C.; 1940 ± 50 años a.p.²⁹). Las ocupaciones más tardías se encuentran en el Torín (fecha calibrada: 572 a 889 d.C.; 1380 ± 80 años a.p.³⁰). Para el valle de Huasco solo se cuenta con una datación (^{14}C) proveniente de un túmulo de Quebrada El Durazno (fecha calibrada 256 a 644 años d.C.; 1310 ± 90 años a.p.³¹).

1.1.2. Sector Central del NSA: Elqui y Limarí

Hacia el sur del valle de Huasco parte de las expresiones materiales y el modo de vida de las comunidades del PAT sufren importantes modificaciones. En el interfluvio entre Huasco y Elqui se reconoce una serie de sitios que ocupan los espacios de quebrada y que corresponderían a campamentos asociados a dinámicas de movilidad dentro de un sistema económico centrado fundamentalmente en la caza y recolección³². La evidencia de asentamientos en zonas como Chañaral de Aceitunas, Los Choros, Cachiuyo y sitios funerarios como Punta Teatinos y La Herradura, entre otros, no muestran la presencia de conjuntos de recintos habitacionales ni de túmulos mortuorios.

En esta zona algunos cementerios presentan señalización en superficie de las tumbas a partir de ruedos de piedra³³, como por ejemplo en los sitios El Molle y La Turquí (Figura 4). Otros cementerios se asocian a conchales con restos de basura habitacional y piedras tacitas, como es el caso de Punta Teatinos.

Asentamientos de tipo habitacional en esta zona prácticamente solo han sido documentados en el Limarí. Ejemplos de la cuenca inferior son Valle El Encanto, Tamaya I, Rocas de Francisca y Melina; y de la cuenca superior, San Pedro Viejo de Pichasca³⁴. Para Elqui solo ha sido descrito someramente el sitio Saturno³⁵. Para los primeros se reconoce un patrón de asentamiento basado en pequeños asentamientos emplazados en terrazas bajas de quebradas, asociados a bloques con piedras tacitas y arte rupestre, específicamente pinturas de color rojo y grabados de surco profundo (Figura 5). En estos predominan las industrias líticas con abundantes restos de actividades de retoque de instrumentos; la alfarería es escasa, al igual que los restos arqueofaunísticos correspondientes básicamente a guanaco, los que se acompañan con restos malacológicos, como el ostión³⁶. Las características de estos sitios sugieren un modo de vida basado en un sistema de movilidad residencial que articula la costa con las tierras interiores de la cuenca inferior del Limarí. Este sistema reocuparía espacios ya utili-

²⁹ Niemeyer *et al.* 1998a.

³⁰ Niemeyer y Cervellino 1985.

³¹ Iribarren 1978a.

³² Castillo 1986; Iribarren 1978a; Niemeyer *et al.* 1989.

³³ Ampuero y Rivera 1972-73.

³⁴ Ampuero y Rivera 1964; Rivera y Ampuero 1969, 1971b; Troncoso 2012.

³⁵ Niemeyer *et al.* 1989.

³⁶ Ampuero y Rivera 1964, 1969; Troncoso 2012.

zados en el Arcaico Tardío, como se observa en Valle El Encanto y Tamaya 1, pero también lo ampliaría inaugurando nuevos lugares. Esta continuidad con el Arcaico Tardío también se reflejaría en el uso y producción de piedras tacitas y pinturas rupestres, las que posiblemente actúen dentro de un sistema de construcción y demarcación de los espacios habitacionales de las diferentes comunidades que ocupan estos lugares (Figura 6). La ocupación costera Alfarera Temprana se referencia en sitios como La Herradura, Punta Tacho, Punta Teatinos, Guanaqueros y Tilgo³⁷.

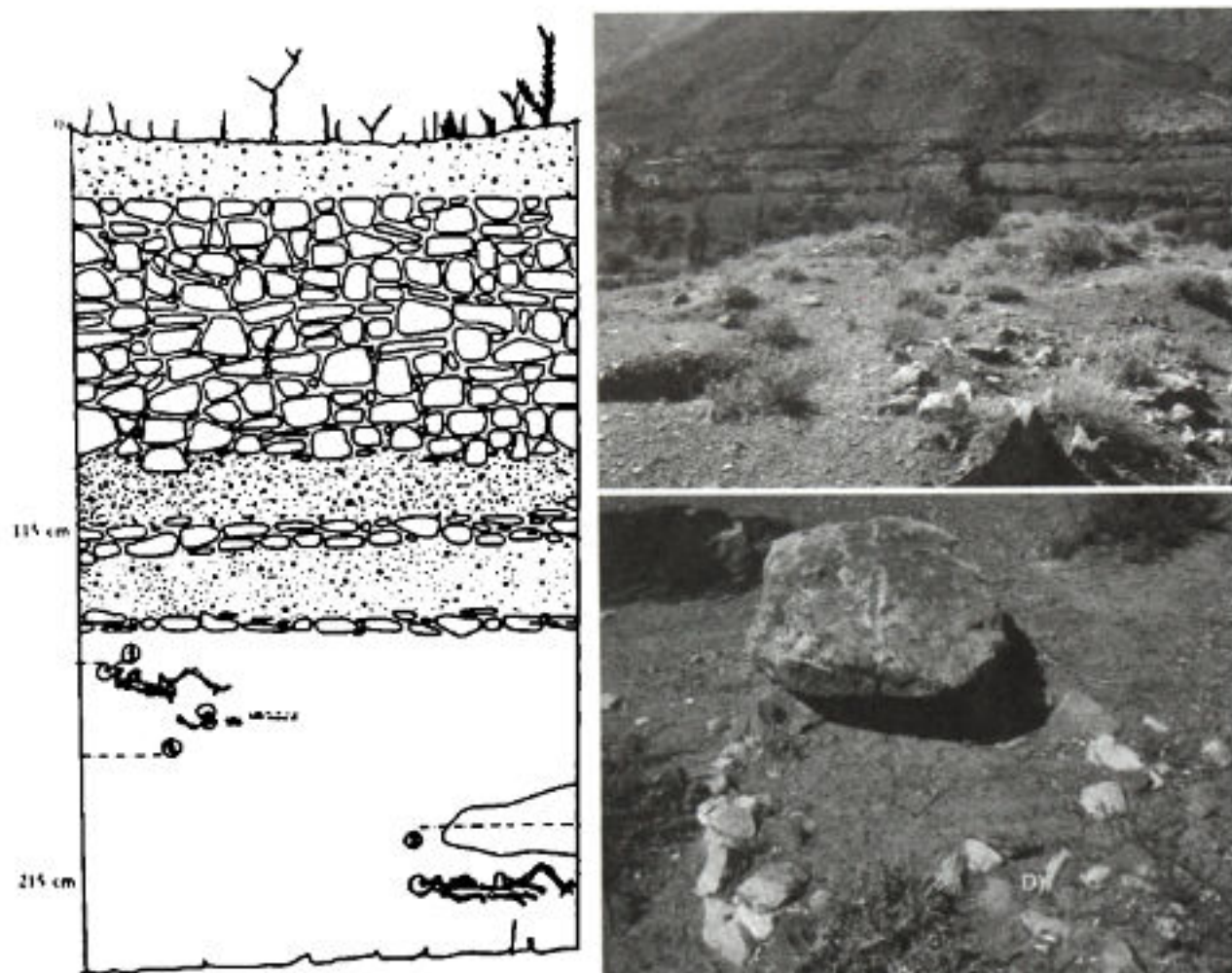


Figura 4. Cementerio con ruedos de piedra del Alfarero Temprano en Limarí, La Turfala (Perfil estratigráfico adaptado de Iribarren 1958 y fotografías proyecto FONDECYT 1110125).

Los materiales obtenidos de las excavaciones en el alero San Pedro Viejo de Pichasca³⁸ muestran una industria orientada a la caza y recolección, así como un asentamiento que reocupa un espacio del Arcaico Tardío y que se asocia a un modo de vida con movilidad residencial. Otras ocupaciones bajo aleros rocosos se han reconocido también en la localidad de El Molle, en el valle de Elqui³⁹. Coherente con este modo de vida, la alfarería de sitios habitacionales

³⁷ Bird 2006[1943]; Niemeyer *et al.* 1989.

³⁸ Ampuero y Rivera 1971b.

³⁹ Niemeyer *et al.* 1989.

y funerarios es de pequeño tamaño y numéricamente escasa en los contextos PAT de Elqui y Limarí. En el sitio-tipo El Molle, por ejemplo, las excavaciones abarcaron al menos 41 tumbas, recuperándose solo 21 vasijas⁴⁰. No se registró en estos contextos hojas líticas asociadas a labores agrícolas y los implementos de molienda se definen por una recurrente presencia de piedras tacitas, al menos en la cuenca inferior de Elqui y Limarí. El registro arqueobotánico muestra restos de poroto y maíz en San Pedro Viejo de Pichasca⁴¹, mientras que en Valle El Encanto análisis de fitolitos sobre piedras tacitas han permitido identificar maíz y cucurbitácea, entre otros⁴².

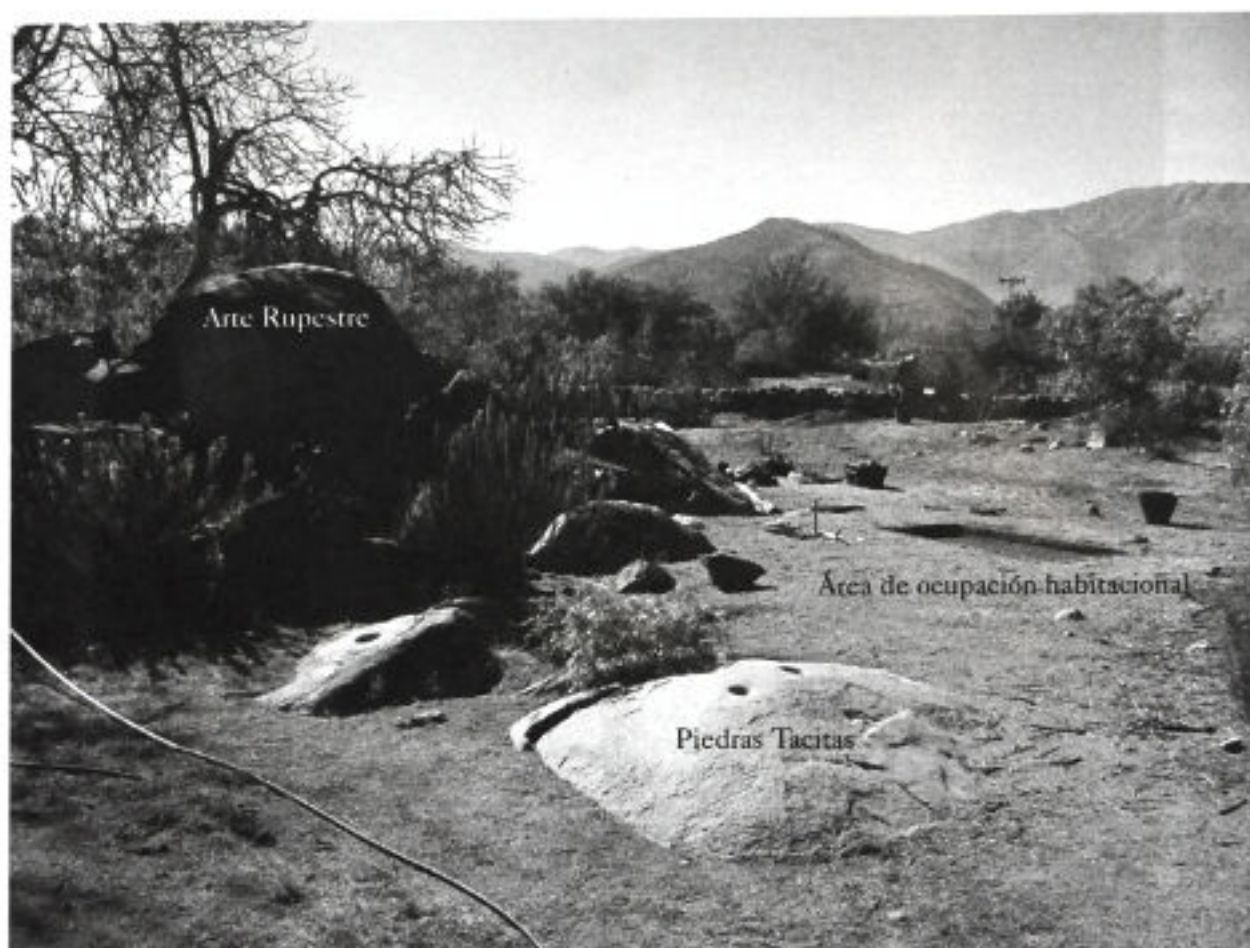


Figura 5. Estructuración espacial de un asentamiento habitacional Alfarero Temprano en Limarí con piedras tacitas y arte rupestre: Sitio Tamaya 1 (Proyecto FONDECYT 1110125).

Desconocemos si la variabilidad de prácticas inhumatorias hacen referencia a una variabilidad de tipo espacial, social o cronológica. Recientes dataciones radiocarbónicas para el sitio La Turquía, lugar donde Iribarren⁴³ describiera cinco cementerios con señalizaciones de ruedos de piedra, lo ubican en la segunda mitad del primer milenio, y coexistiendo con desarrollos de la cultura Diaguita⁴⁴. Estos resultados, que se espera corroborar mediante el estudio

⁴⁰ Cornely 1956a.

⁴¹ Ampuero y Rivera 1971b; Rivera 1995b.

⁴² Belmar 2012.

⁴³ Iribarren 1952, 1958.

⁴⁴ Troncoso 2012.

de otros sitios, recuerdan los planteamientos referidos a una fase Molle II caracterizada por la presencia de vasijas del tipo Molle Bicromo, cuyas decoraciones, formas y simetrías recuerdan el venidero arte Diaguita⁴⁵. Aunque esta hipótesis fuera rechazada por Rivera y Ampuero⁴⁶ frente al registro de fragmentos de este tipo en Valle El Encanto, se hace necesario reconsiderar la variabilidad y dinámica cronológica de estas ocupaciones a la luz de las dataciones obtenidas en La Turquí. De hecho, en qué medida las ocupaciones de este sitio remiten a un modo de vida móvil o ya a una sociedad de corte agrícola, es aún un aspecto a evaluar.

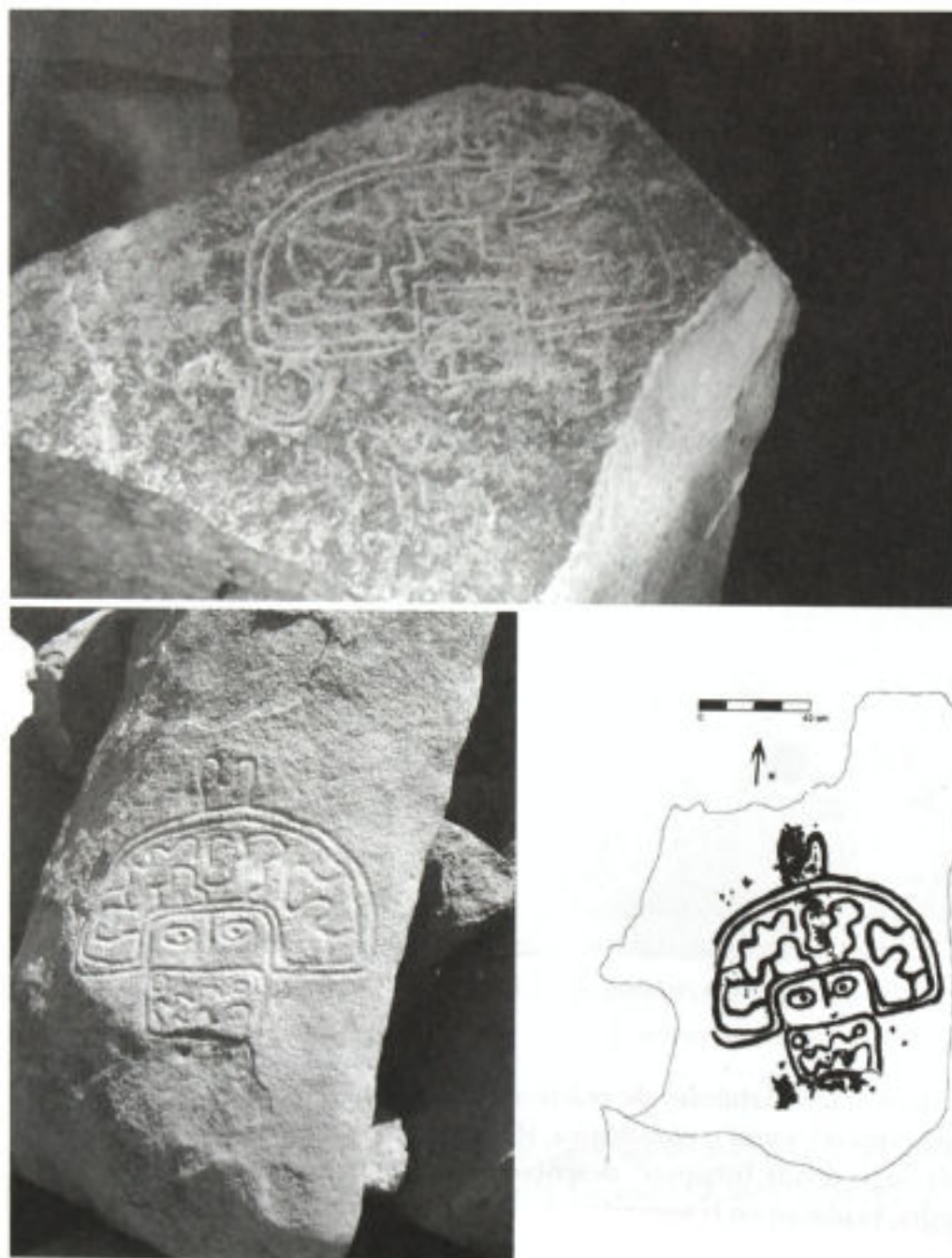


Figura 6. Arte rupestre del Periodo Alfarero Temprano en el valle de Limarí: cabezas tiaras del sitio Valle El Encanto (Proyecto FONDECYT 1110125).

⁴⁵ Iribarren 1952, 1958.

⁴⁶ Rivera y Ampuero 1969.

Por sobre esta variabilidad cronológica, al parecer también es factible pensar en una variabilidad espacial de las ocupaciones del PAT. Las ocupaciones en la cuenca inferior sugieren un patrón que es desconocido en tierras altas, cual es la asociación de los sitios habitacionales con piedras tacitas, que en el caso de Limarí se complementa con pinturas y grabados de surco profundo, mostrando una estructuración de los espacios cotidianos que no se repetiría en las tierras interiores. Al menos las extensas exploraciones de Iribarren⁴⁷ en el valle de Hurtado, cuenca superior del río Limarí, muestran una casi total ausencia de piedras tacitas. Estos aspectos han sido aún menos explorados en el Elqui, pero al menos el mismo investigador reporta la presencia de piedras tacitas asociándolas a grupos Molle en La Totorita, cerca de Vicuña, en el curso medio del Elqui⁴⁸.

Aunque son pocos los asentamientos no funerarios conocidos en el valle de Elqui, ha destacado en la discusión el sitio La Fortaleza⁴⁹, asentamiento emplazado sobre un promontorio rocoso de cerro y que presenta un muro que rodea su acceso. Si bien ha sido interpretado como un reducto fortificado que daría cuenta de un grado de conflicto al interior de estas comunidades, la evidencia aún no es concluyente con respecto al asentamiento y requiere más investigaciones con el fin de contrastar el carácter prehispánico del muro perimetral, así como la propia función del sitio.

Los contextos materiales alfareros recuperados muestran una serie de similitudes, las que vienen dadas por la presencia de los tipos Molle más conocidos (Molle Negro Pulido, Molle Café Alisado, Molle Bicromo, Molle Gris con Incisiones, etc.), sin que se observen las bases apuntadas que se encuentran en vasijas de Copiapó y Huasco⁵⁰. También aparecen en los valles centrales del NSA las vasijas zoomorfas que representarían camélidos estilizados, una de ellas decorada con técnica de pintura negativa, posiblemente proveniente de la localidad de El Molle⁵¹ (Figura 2). Las piezas cerámicas son pequeñas, con capacidades que varían entre los 1.000 y 1.500 ml. Al respecto, un reciente catastro de vasijas provenientes de estos valles depositadas en el Museo Arqueológico de La Serena y Museo del Limarí, ha permitido contabilizar un total de 218 vasijas, de las cuales 97 provienen de los cementerios de La Turquí y otras 31 de los alrededores de este sitio (p.ej. Hurtado, Farellón)⁵². El que un 58,7% de todas las vasijas Molle provenga de La Turquí y alrededores parece sugerir la relevancia que tienen las ocupaciones del PAT en este sector, mostrando la excepcionalidad de este sitio en comparación con las restantes ocupaciones conocidas en la zona.

Los tembetás de piedra se hacen también presentes en una diversidad mayor a la reconocida para Copiapó-Huasco, sin un predominio del tipo discoidal con alas. Es así como junto con este tipo aparecen el cilíndrico corto con alas, cilíndrico largo y cónico entre otros⁵³. Las pipas en forma de T invertida y manufacturadas sobre piedra talcosa también están presentes, al igual que elementos de metal (Figura 2). En este último caso, y descontando las piezas excepcionales de oro y plata de La Turquí, también se conocen adornos en cobre.

⁴⁷ Iribarren 1970.

⁴⁸ Iribarren 1962.

⁴⁹ Comely 1956a; Schaedel 1957; Castillo 1983.

⁵⁰ Niemeyer *et al.* 1989.

⁵¹ Iribarren 1964.

⁵² Pérez 2013.

⁵³ Niemeyer *et al.* 1989.

Un tema ampliamente discutido en la última década ha sido la filiación y cronología del arte rupestre, así como la validez de los estilos Limarí y La Silla, especialmente del primero, que ha estado sujeto a una fuerte reconsideración por diferentes especialistas⁵⁴. Una reciente reevaluación del sitio Valle El Encanto, sitio-tipo del estilo Limarí, ha sugerido que únicamente serían las pinturas y los grabados de surco profundo los que se asociarían con el PAT (Figura 6). Estas manifestaciones han sido clasificadas bajo los nombres de estilo Lagunillas y Limarí, respectivamente⁵⁵, reconociendo que las pinturas posiblemente se remonten al Periodo Arcaico Tardío y se mantengan durante el PAT, como ya lo sugiriesen en su momento Ampuero y Rivera⁵⁶. Mientras en las pinturas predominarían básicamente diseños lineales y circulares, en los grabados nos encontraríamos con círculos con apéndices y las conocidas cabezas tiaras. Estos últimos conjuntos rupestres se encontrarían en asociación con sitios habitacionales del PAT, formando parte de la estructura de las ocupaciones domésticas. En el caso del estilo La Silla, aunque no existen estudios recientes, se estima necesaria una reevaluación de su completa asignación al PAT. Dentro de su universo iconográfico, por ejemplo, se encuentran escenas de pastoreo, en circunstancias que a la fecha no hay registros de animales domésticos para este momento en la región. Asimismo, en este estilo también se han incluido representaciones del motivo “chacras”, que tanto en el norte como en el centro de Chile han sido asociadas al Periodo Incaico⁵⁷.

Para la zona de Elqui-Limarí se cuenta con un total de nueve fechados radiocarbónicos (¹⁴C) provenientes de cinco sitios, y cinco por termoluminiscencia (TL) del sitio Churque 4 en Andacollo⁵⁸. Los fechados del PAT muestran que las ocupaciones más tempranas se registran en Valle El Encanto entre 86 y 248 años d.C. (¹⁴C: 1.890±25 años a.p.) y en Churque 4 (Andacollo) entre 340 a.C. y 60 años d.C. (TL: 2.150±200/120 años a.C. a 1.980±150/180 años d.C.). Las más tardías en la cuenca baja del Limarí se ubicarían entre 999 y 1.145 años d.C. (¹⁴C: 1.030±20 años a.p.) (sitio Rocas de Francisca)⁵⁹, mientras que en la cuenca superior se extenderían hasta avanzado el décimo siglo. Así lo parecen indicar dos dataciones de La Turquí, que se enmarcan entre 1.179 y 1.297 años d.C. (¹⁴C: 819±44 años a.p.) y 1.453 y 1.662 años d.C. (¹⁴C: 410±20 años a.p.). Esto implicaría que, en ambos sectores del valle, grupos con cultura material de tradición Alfarera Temprana habrían podido coexistir con comunidades Diaguita.

Cabe advertir también que las fechas más tempranas del PAT son contemporáneas con las dataciones de la fase Quebrada Honda. Basado en el actual estado de la investigación, la existencia de la fase Quebrada Honda debe ser tomada con cautela, pues esta bien podría corresponder a manifestaciones diferenciales tempranas de lo Molle, especialmente en el plano funerario.

1.1.3. Sector meridional del NSA: Combarbalá y Choapa

Estos valles presentan un cúmulo importante de investigaciones en los últimos años, las que han abordado mayormente asentamientos habitacionales por sobre contextos funerarios. Sumado a ello, se ha obtenido un amplio conjunto de dataciones. Ambos aspectos muestran di-

⁵⁴ Troncoso 1999, 2004b; Cabello 2003, 2005, 2011; Jackson *et al.* 2002.

⁵⁵ Troncoso *et al.* 2008.

⁵⁶ Ampuero y Rivera 1971a.

⁵⁷ Valenzuela *et al.* 2004; Troncoso 2006.

⁵⁸ Vargas *et al.* 2010.

⁵⁹ Troncoso 2012.

ferencias con lo conocido para zonas más nortinas, tanto en términos de dinámica social como material.

En relación con lo primero, los estudios sugieren que nos encontramos ante sociedades con un sistema de movilidad residencial de naturaleza cazadora-recolectora⁶⁰. Para Combarbalá, si bien se conocía una serie de contextos descritos por Iribarren⁶¹ y se contaba con excavaciones en los reparos rocosos de Flor del Valle y La Olla⁶², recientes trabajos han identificado sobre una decena de nuevos sitios. Estos sugieren la presencia de poblaciones con una movilidad residencial que generan pequeños campamentos donde se realizan actividades variadas, tales como manufactura, uso y descarte de instrumental lítico, y en los que las vasijas cerámicas son escasas y remiten a piezas de pequeño tamaño⁶³. Junto a estos campamentos a cielo abierto habría talleres líticos y avistaderos emplazados bajo reparos rocosos.

Méndez y Jackson⁶⁴ sugieren una fuerte continuidad en el modo de vida de estas poblaciones en relación con lo que ocurre durante el Arcaico Tardío en Combarbalá, rescatando la relevancia que habrían tenido las prácticas de caza y recolección como estrategia económica más apropiada que una de corte hortícola. Ejemplo de lo anterior sería la continuidad en el uso y manufactura de puntas de proyectil triangulares.

Al menos en un caso, sitio Flor del Valle, estas ocupaciones serían contemporáneas a pinturas rupestres, elaboradas en color rojo, negro y amarillo, representando diseños no figurativos⁶⁵. En Combarbalá las pinturas no alcanzan la frecuencia que tienen en Limarí, pudiendo ser expresión tanto de una menor cantidad como de diferencias en su conservación.

En el valle del Choapa se han reconocido estas ocupaciones del PAT en la costa, valles interiores y precordillera⁶⁶. Al menos para el interior se ha reconocido una intensa ocupación en los valles de Chalinga, Illapel y Cuncumén, con una concentración en Chalinga. En total, los sitios reconocidos superan los 40 asentamientos.

Estos muestran un patrón de asentamiento centrado en el uso de terrazas de quebradas interiores y conos de deyección. Ejemplos de ello son los sitios Pichicavén 1 y Parcela Alejandro Mánquez. Hay ocupaciones también sobre pequeñas cumbres de cerro⁶⁷ y bajo reparos rocosos, con presencia de abundantes restos de retoque lítico (p.ej. Alero Paulino González), que sugieren su uso como avistaderos de caza. Las terrazas fluviales muestran una escasa intensidad de ocupación. El uso del espacio se centra en el aprovechamiento de los recursos y tierras altas de los valles, en el marco de un sistema de movilidad residencial.

Lo anterior queda evidenciado no solo por la baja frecuencia de cerámica en estos contextos, preferentemente vasijas de pequeño tamaño, sino también por una industria lítica con puntas de proyectil triangulares, recurrentes actividades de retoque de instrumentos y abundantes piezas asociadas al trabajo de cueros y madera, tales como raspadores y raederas. Los estudios arqueobotánicos, a su vez, muestran la presencia únicamente de quínoa; las piezas como hojas líticas para labores agrícolas están ausentes y las piedras tacitas son poco frecuentes.

⁶⁰ Pavlovic 2004; Pavlovic y Rodríguez 2006; Méndez y Jackson 2008; Méndez, Troncoso, Jackson y Pavlovic 2009.

⁶¹ Iribarren 1973.

⁶² Rivera y Cobo 1996.

⁶³ Miranda 2006; Méndez y Jackson 2008; Méndez, Troncoso, Jackson y Pavlovic 2009.

⁶⁴ Méndez y Jackson 2008.

⁶⁵ Rivera y Cobo 1996.

⁶⁶ Castillo 1988, 1991; Jackson y Rodríguez 1998; Pavlovic 2004; Alfaro 2006; Pavlovic y Rodríguez 2006.

⁶⁷ Pavlovic 2004.

Una particular situación se ha reconocido en este espacio. Hay un conjunto de fechados TL que se extienden más allá del año 1.000 d.C., tanto en Choapa como Combarbalá, llegando incluso al siglo XV en sitios del valle de Chalinga. Esto sugiere la continuación de un modo de vida asociado a cultura material de tradición Alfarera Temprana en algunos sectores del Choapa. En el caso de Chalinga esta situación es relevante, pues es un espacio mínimamente ocupado por las poblaciones diaguitas. Algo similar ocurre en la cordillera del valle de Illapel, en donde el sitio PAT Los Mellizos (1.100 a 1.300 d.C.) parece coexistir con cercanos e importantes sitios de la cultura Diaguita⁶⁸. Relevante es que este sitio muestre elementos no muy conocidos para la zona, como son un tembetá fusiforme, un fragmento cerámico grabado con un patrón decorativo atípico que recuerda tradiciones visuales del Noroeste Argentino, así como un aro de plata. Es posible que las ocupaciones en Los Mellizos denoten un circuito de movilidad cordillerana cubriendo ambas vertientes de los Andes, lo que se apoyaría también en la presencia de un petroglifo vinculado al desarrollo de la cultura La Aguada en este mismo espacio⁶⁹. Este circuito continuaría hasta pasado el siglo XI y mostraría la persistencia de estas comunidades en espacios marginales para los diaguitas.

A la fecha, si bien se conocen varios contextos funerarios, estos corresponden mayormente a entierros aislados, sin que se reconozca la agregación de tumbas en amplios cementerios como en el sector norte y centro del NSA, o la presencia de túmulos u otras señalizaciones en superficie. Las prácticas de enterramiento corresponden básicamente a la disposición de los cuerpos en los mismos sitios habitacionales, en ocasiones acompañados por alineamientos de piedra, mientras que las ofrendas rara vez exceden el par de vasijas. A la fecha, el único cementerio extenso es el de Tranquillas, localizado en la cuenca superior del río Choapa, cuyo estudio está en desarrollo.

La cultura material de estos asentamientos muestra la recurrencia de vasijas de formas cerradas, de pequeño tamaño y con decoración incisa en el cuello formando un motivo en forma de chevrón. Se trata del tipo denominado Agrelo-Calingasta⁷⁰, pues comparte atributos formales y visuales con vasijas del centro-oeste argentino, sugiriendo un acervo visual-material compartido entre ambos espacios. Junto a ellos se reconocen piezas rojo engobadas y escasos fragmentos con decoración Molle, como el tipo Molle Café Pulido Inciso. Cerámica del tipo Molle Bicromo se han recuperado, de momento, solo en contextos cordilleranos, en los sitios Pichicavén I y Los Mellizos, en la cuenca superior del río Illapel. Las dataciones de estos contextos las sitúan en la segunda mitad del primer milenio de nuestra era. Entre las vasijas provenientes de contextos funerarios no se ha observado la recurrencia del tipo Agrelo-Calingasta, predominando los tipos Molle, destacando entre estos una pieza con forma de camélido. En otros casos se fusionan atributos de piezas del NSA con otros de Chile Central⁷¹. En Combarbalá también se han registrado piezas que se alejan de los estándares estilísticos Molle, como lo ejemplifica una vasija de cuerpo inciso, pero cuya forma recuerda al jarro pato diaguita.

Los conjuntos alfareros se complementan en Choapa con la presencia de tembetás de cerámica, preferentemente de tipo discoidal con alas, y de pipas cerámicas del tipo T invertida

⁶⁸ Thoncoso, Larach, Alfaro, Pascual y Pavlovic 2012.

⁶⁹ Thoncoso y Jackson 2010.

⁷⁰ Sanhueza, Baudet, Jackson y Contreras 2004.

⁷¹ Camillo 1991.

(Figura 2). Entre los objetos de metal, de momento solo se registra el aro de plata recuperado en el sitio Los Mellizos.

Para estos dos valles se cuenta con sobre 60 dataciones absolutas tanto por TL como por ^{14}C . Para Combarbalá los fechados por ^{14}C tienden a ubicar al PAT en la segunda mitad del primer milenio, proyectándolo hasta avanzado el año 1.100 d.C.⁷². En Choapa los fechados por TL retracen los inicios del PAT a comienzos de la era cristiana (TL: 45 años a.C. a 175 años d.C., en Batuco 2), pero tienden a concentrarse en la segunda mitad del primer milenio. Como se mencionara antes, varios sitios muestran ocupaciones con fechados superiores al año 1.000 d.C. e incluso otros, particularmente en el valle de Chalinga, se proyectan hasta el siglo XV (p.ej. Batuco 2, Ranqui 4 y El Tóme 8).

1.2. Recapitulación

El Periodo Alfarero Temprano en el NSA muestra una alta variabilidad material, espacial y temporal, que dificulta su comprensión como bloque cultural homogéneo. Por sobre la existencia de materiales y rasgos que comparten atributos similares (p.ej. alfarería monocroma, decoración incisa, tembetás, instrumentos fumatorios, entre otros), se observan tradiciones estilísticas diferentes, a la vez que modos de vida distintos; comunidades de carácter más sedentario en el área de Copiapó y otras más orientadas hacia una vida móvil, con un sistema económico más orientado a la caza-recolección en la Región de Coquimbo. Los límites cronológicos, tanto de la variabilidad inter como intrarregional, todavía esperan ser mejor precisados. En este sentido, aún no conocemos las dinámicas internas de cambio ocurridas en los más de 800 años que abarca este periodo, encontrándonos con casos como La Turquía, cuyo lugar e injerencia en la trayectoria histórica regional recién nos encaminamos a comprender.

Pensamos que a partir de la heterogeneidad material observada es posible advertir cómo las comunidades desarrollan diferentes tipos de estrategias ligadas a su reproducción social. Así, por ejemplo, asentamientos en el área de Copiapó y otros como La Turquía o El Molle, exhiben inversiones superiores de trabajo en el ámbito funerario, en oposición a sitios del Choapa, Combarbalá y algunos del Limarí, donde por sobre la constitución de áreas fúnebres (cementeros) se practican inhumaciones aisladas. Por otro lado, las dinámicas del arte rupestre, no obstante su aún escasa sistematización, sugieren divergencias en los códigos visuales y transmisión de información. Desgraciadamente desconocemos el arte rupestre atribuible al PAT en el área de Copiapó, pero en Limarí encontramos representaciones asociadas a asentamientos habitacionales con predominio de diseños no figurativos, lo que también sucede en menor intensidad en Combarbalá. En Choapa, en tanto, se observan representaciones vinculadas a la cultura La Aguada y otras no figurativas de baja incidencia en el registro regional centradas en los espacios cordilleranos⁷³.

Ciertamente, existe una serie de aspectos por discutir y explorar. Uno de ellos es la conveniencia y real necesidad de mantener la categoría complejo cultural El Molle para reunir la variabilidad cultural que se expresa en los ejes espacial y temporal a lo largo del NSA. Conforme avanza la investigación, la definición de tradiciones y fases culturales vinculadas a unidades espaciales más acotadas debería ser una alternativa a evaluar. En este mismo sentido,

⁷² Méndez, Troncoso, Jackson y Pavlovic 2009.

⁷³ Armstrong 2012.

se vuelve imperativo evaluar las dinámicas en el uso de los interfluvios y estudiar cómo se vinculan estas con las ocupaciones en los valles, las implicancias de estos procesos en los fenómenos de interacción cultural, y los modos de vida de estos grupos⁷⁴. Al mismo tiempo, es necesario investigar las características de los procesos de continuidad temporal experimentados por algunos grupos hasta tiempos tardíos, así como las transiciones culturales regionales que llevan al rápido reemplazo o transformación de los grupos Alfareros Tempranos frente al desarrollo de las comunidades del Periodo Medio.

2. El Periodo Medio (PM)

Las formulaciones iniciales sobre la prehistoria del Norte Semiárido proponían que posterior al desarrollo del Periodo Alfarero Temprano se daba la aparición de la cultura Diaguita, asociada a la migración de poblaciones de zonas foráneas a la región⁷⁵. La transición entre uno y otro estaba dado por lo que Cornely⁷⁶ denominó fase Arcaica de la cultura Diaguita, caracterizada por una alfarería con decoraciones no figurativas de carácter más tosco que la de momentos posteriores, hallada inicialmente en entierros de Quebrada Las Ánimas y, posteriormente, en otros sitios como El Olivar (Compañía Baja), ambos en el valle de Elqui. Trabajos posteriores de Montané y Niemeyer⁷⁷ en Punta Teatinos y Puerto Aldea confirmaron estratigráficamente que esta alfarería era previa a la Diaguita.

Hacia fines de la década de 1960 los trabajos de Montané⁷⁸, por un lado, definen una tipología para esta cerámica, definiendo los tipos Ánimas I (negro sobre naranja), Ánimas II (interior reducido), Ánimas III (negro de especularita e interior reducido) y Ánimas IV (con engobe rojo) (Figura 7). Por otro lado, segrega esta alfarería de la cultura Diaguita, ubicándola en el Periodo Medio, entre el Alfarero Temprano y el entonces llamado Periodo Tardío, quedando esta transición evidenciada con los tipos Ánimas I y II, en los que advierte semejanzas con la alfarería temprana.

En forma paralela, Iribarren⁷⁹ excava los túmulos de Tres Puentes y La Puerta en el valle de Copiapó, donde distingue una alfarería que denota semejanzas con los desarrollos Ciénaga y Aguada del Noroeste Argentino, denominándola tipo La Puerta, dentro del Periodo Medio.

Fueron, finalmente, los trabajos de Ampuero⁸⁰ los que propusieron la existencia de un complejo cultural Las Ánimas como representante poblacional del Periodo Medio en el Norte Semiárido. Sus trabajos en el sitio Compañía de Teléfonos de La Serena mostraron que los tipos Ánimas I, II y III se segregaban estratigráficamente de los diaguitas, datándolos radiocarbónicamente en 775 a 1.208 d.C. (^{14}C : 1045 $\pm$ 95 años a.p.)⁸¹. El tipo cerámico Ánimas

⁷⁴ Castillo 1986; Niemeyer *et al.* 1989.

⁷⁵ Cornely 1956a.

⁷⁶ Cornely 1956a.

⁷⁷ Montané y Niemeyer 1960.

⁷⁸ Montané 1969.

⁷⁹ Iribarren 1971.

⁸⁰ Ampuero 1972-73, 1977/78.

⁸¹ Ampuero 1972-73.

IV fue asociado a los momentos iniciales de lo Diaguita, como lo indicaban las asociaciones de las tumbas del cementerio Punta de Piedra en el valle de Elqui.

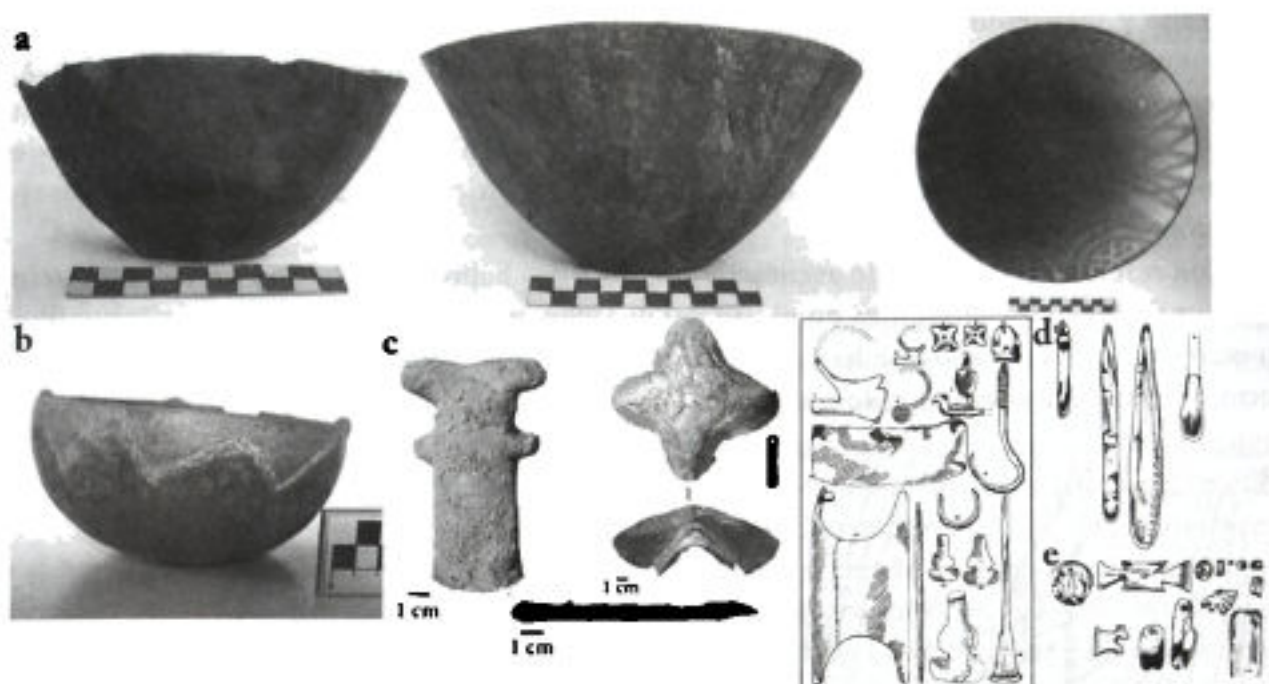


Figura 7. Conjuntos materiales del Periodo Medio en la Cuarta Región: a) Cerámica del complejo Las Ánimas (Gentileza Ángela Guajardo); b) Tipo cerámico Ánimas BPZ (Colección Museo de Limarí); c) Instrumentos en metal; d) Instrumentos en hueso; e) Adornos misceláneos (Lámina adaptada de Castillo 1989).

El progreso de la investigación ha comenzado a develar que el llamado complejo cultural Las Ánimas muestra importantes variaciones regionales en sus expresiones conocidas entre Copiapó y el Limarí, estando ausente en las cuencas de los ríos Combarbalá y Choapa⁸². En virtud de que dichas manifestaciones culturales tienden a ocupar un espacio temporal entre las tradiciones alfareras tempranas y el posterior desarrollo de las culturas Copiapó y Diaguita entre Copiapó y el Limarí, hemos optado por ocupar la expresión "grupos del Periodo Medio", para examinar sus características valle a valle. Estos grupos introducen cambios con respecto al Periodo Temprano, entre ellos el influjo de una cosmovisión asociada al mundo andino, evidenciado en prácticas inhalatorias de alucinógenos y el culto al personaje del Sacrificador⁸³. Se ha planteado que en este proceso habría influido, particularmente en la región de Copiapó, el desarrollo cultural terminal de La Aguada, del Noroeste Argentino, aunque el flujo y naturaleza de dichas influencias aún no han sido profundamente investigados⁸⁴.

⁸² Cantarutti y Solervicens 2005; Garrido 2007; Guajardo 2011.

⁸³ Cervellino 1992; Castillo 1992.

⁸⁴ Castillo *et al.* 1996-1997; Callegari 1998.

2.1. El Periodo Medio en la III Región de Atacama

Las investigaciones en esta zona se han centrado en el valle de Copiapó, en donde se han excavado y registrado diversos tipos de contextos⁸⁵; en oposición, para Huasco se conocen solo unos pocos registros funerarios⁸⁶. Si bien los conjuntos materiales sugieren transformaciones en relación con momentos previos, Montané⁸⁷ planteó una continuidad debido a la ya mencionada cercanía entre los tipos Ánimas I y II con la alfarería Molle, la reocupación de algunos espacios habitacionales, y la continuidad de prácticas funerarias basadas en la construcción de túmulos.

Con referencia al patrón de asentamiento, los sitios habitacionales de Copiapó muestran dos configuraciones diferentes en el uso del espacio: por un lado, asentamientos sobre filos o cerros de difícil acceso que han sido interpretados como sitios defensivos o pucaras, y por otro, asentamientos emplazados en piedemontes interpretados como aldeas⁸⁸ (Figura 8).

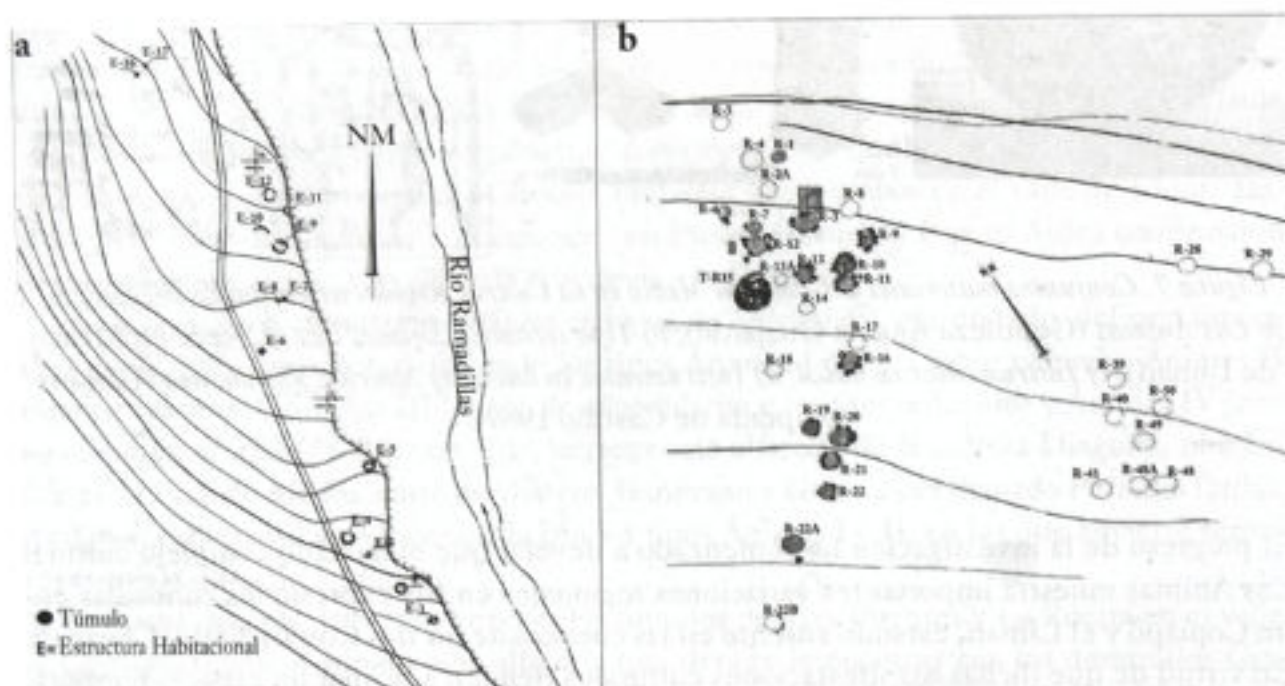


Figura 8. Estructuración espacial de un asentamiento del Periodo Medio en Copiapó: a) Llano Los Pingos; b) El Pedregal de Cibra Atada (Lámina adaptada de Castillo 1998).

Entre los asentamientos ubicados sobre cerros están los sitios Puntilla Blanca y Quebrada Seca. El primero está conformado por una decena de recintos habitacionales con restos materiales donde destacan hojas líticas como herramientas agrícolas, instrumentos de molienda y puntas de proyectil pedunculadas, además de alfarería de los tipos La Puerta, Ánimas I y II. Por el contrario, Quebrada Seca presenta un muro semiperimetral que cubre el acceso al asentamiento por el sector más desprotegido del cerro, y donde se reconoce un contexto material similar al de Puntilla Blanca, pero solo dos recintos arquitectónicos.

⁸⁵ Iribarren 1969b; Durán 1988; Niemeyer *et al.* 1998a; Garrido 2010.

⁸⁶ Kuzmanic 1988; Cabello *et al.* 2010.

⁸⁷ Montané 1969.

⁸⁸ Niemeyer *et al.* 1998a.

Al parecer, los atributos de ambos sitios muestran la realización de prácticas de tipo cotidiano en estos espacios de altura, pero tal vez la magnitud de las ocupaciones difiere producto de las diferencias en la cantidad de espacios construidos, aspecto que aún no ha sido explorado. Tampoco se ha investigado por qué dos asentamientos de corte defensivo están emplazados tan cercanos, pues están separados por un par de kilómetros⁹⁰. Una posibilidad puede ser la relevancia que presenta ese espacio para la conexión entre el curso medio del valle de Copiapó y sus distintos tributarios cordilleranos, que son también rutas de comunicación con la vertiente oriental de los Andes.

No obstante lo anterior, se hace necesario continuar reevaluando la funcionalidad de los sitios, pues, como ha sido mencionado por otros autores⁹¹, el solo emplazamiento sobre cerros no hace que un asentamiento sea defensivo, sino que es un conjunto de evidencias materiales las que deben sostener tal interpretación. Es poco claro, en esa línea, cómo esta posible dinámica de conflicto se relacionaría con el resto de la vida social en este momento.

Por otro lado, hay asentamientos caracterizados por conjuntos de recintos habitacionales circulares que se emplazan en piedemontes próximos a los cursos fluviales. Ejemplo de ello son Llano de Los Pingos, El Pedregal de Cabra Atada y Carrizalillo Grande, todos interpretados como aldeas⁹¹. Estos varían en su cantidad de recintos, desde 13 hasta 32, con una organización lineal del espacio, sin claras definiciones de espacios públicos. Ellos muestran una continuidad con tiempos previos, pues, por ejemplo, en Llano Los Pingos se da la coexistencia de recintos habitacionales con túmulos funerarios previos; mientras que en El Pedregal de Cabra Atada se reocupa un espacio utilizado en el PAT, aunque se segregan espacialmente los recintos de ambos periodos⁹².

Como adelantáramos, las prácticas funerarias de este momento se definen por una continuación en la erección de túmulos, los que mantendrían los patrones constructivos previos⁹³. En ese contexto, el principal conjunto funerario de todo el valle de Copiapó es el sitio La Puerta, el que junto con la presencia de estructuras habitacionales presenta más de 100 túmulos y un conjunto de estructuras en fosas cilíndricas (Figura 9). La inversión de trabajo colectivo en los rituales fúnebres, la aglomeración de los entierros y la misma visibilidad de los túmulos son todos rasgos que sugieren con fuerza que el sitio La Puerta constituyó un lugar central en la reproducción social de las comunidades del PM en el valle.

Si bien una parte importante de estos túmulos estaba saqueada⁹⁴, las excavaciones mostraron que las ofrendas eran escasas, predominando la alfarería; junto a ella se encuentran restos de animales y en algunos casos hay esqueletos de camélidos que podrían ser entierros previos a la construcción del túmulo⁹⁵. Dentro del conjunto de ofrendas recuperadas destaca un *kero* de plata decorado con franjas en relieve, fragmentos de láminas de plata y adornos corporales, como cuentas de collar de crisocola o concha, aros de cobre o plata, tembetás reutilizados como colgantes y un par de espátulas de hueso⁹⁶ (Figura 7). A su vez, se reconocen diferentes niveles de enterratorios⁹⁷, que podrían sugerir un reuso de estos túmulos.

⁹⁰ Niemeyer *et al.* 1998a.

⁹¹ Arkush y Stanish 2005; Nielsen 2007b.

⁹² Niemeyer *et al.* 1998a.

⁹³ Niemeyer *et al.* 1998a.

⁹⁴ Niemeyer *et al.* 1994.

⁹⁵ Niemeyer *et al.* 1994.

⁹⁶ Niemeyer *et al.* 1994.

⁹⁷ Durán 1988; Niemeyer *et al.* 1998a.

⁹⁸ Niemeyer *et al.* 1994.

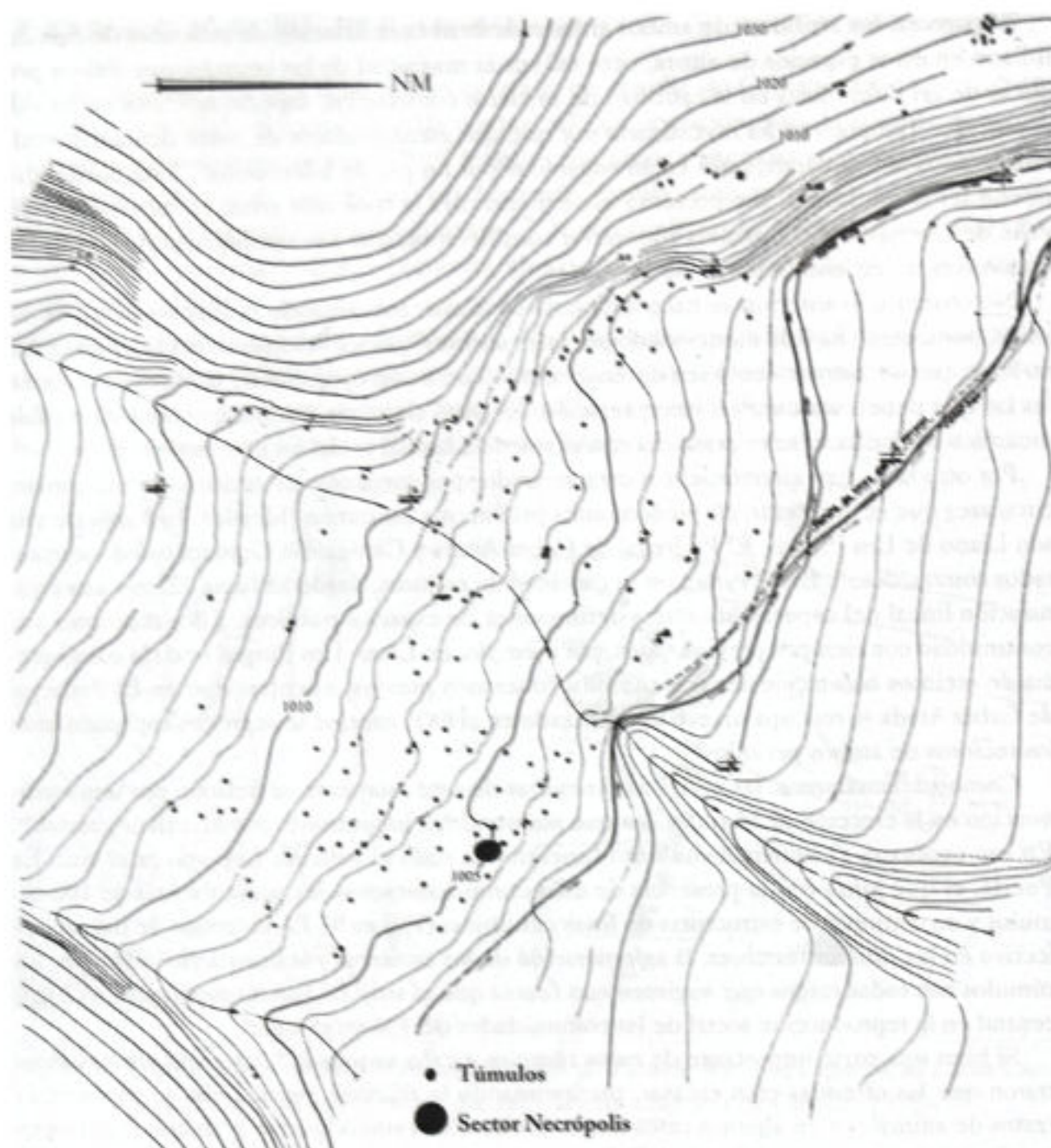


Figura 9. *Distribución de enterratorios en sitio La Puerta, Copiapó (Lámina adaptada de Castillo 1998).*

Las fosas cilíndricas, por su parte, son 33 tumbas emplazadas en el sector más alto del sitio y en un espacio pequeño no mayor a los 100 m², el que es denominado Necrópolis. Este sector muestra diferencias con los túmulos: 1) se concentran en un espacio en oposición a la amplia extensión de los montículos, 2) los cuerpos están solo en posición sedente, en oposición a las diversas posiciones que adquieren los cuerpos de los túmulos, 3) en las ofrendas se registra mayormente cerámica que ha sido etiquetada como tipo Necrópolis y que es similar al Ánimas II^a, la que no está presente en los montículos, donde predomina el tipo La Puerta

■ Niemeyer et al. 1994.

descrito tempranamente por Iribarren⁹⁹, 4) se encontró en la Necrópolis pequeñas cuentas zoomorfas de crisocola que no están en los túmulos, lo que ocurre también con el registro de una cabeza trofeo¹⁰⁰.

Aunque las diferencias entre estos dos espacios son relevantes, aún no es claro a qué hacen referencia, pero podrían sugerir algún nivel de diferenciación y jerarquización social entre los sujetos enterrados en este espacio. Mientras las diferencias de ofrendas marcan distinciones, la espacialidad del cementerio las refuerza, pues las tumbas Necrópolis se acotan a un espacio muy delimitado en una intención de especificar un lugar particular dentro de este amplio cementerio, lugar que a su vez se ubica en un sector alto del sitio, teniendo una visibilidad sobre los túmulos, pero siendo también visibles desde ellos. Es, en otras palabras, un espacio central dentro de la organización del cementerio, sugiriendo una complejidad en la organización de las prácticas funerarias que se diferencia de lo que ocurre en tiempos previos, y de otros conjuntos de túmulos de la zona.

Se han apuntado similitudes entre las tumbas Necrópolis y el registro conocido para el PM del valle de Huasco¹⁰¹. En este último, junto con el rescate de algunos túmulos, se cuenta con la excavación del cementerio de Chancoquín Chico, en donde se registró tumbas en pozos cilíndricos, con escasa ofrenda, en su mayoría extremidades de camélidos¹⁰².

El sistema económico de estas poblaciones se orientaría al desarrollo de actividades agrícolas. Aunque se ha planteado la posibilidad de pastoralismo¹⁰³, no contamos con análisis zooarqueológicos que lo avalen de manera clara. A su vez, pareciera que la ocupación costera no es tan recurrente ni frecuente como en los espacios interiores, sin embargo se requiere aún más trabajos en el litoral para poder confirmar esta idea.

La minería pareciera ser otra actividad económica preponderante en este momento, evidenciada no solo por la presencia de piezas de cobre y crisocola, por ejemplo, sino también por el registro de ocupaciones de este momento en el sitio Mina Las Turquesas en El Salvador¹⁰⁴.

A partir del reconocimiento de una cercanía entre la alfarería del PM de Copiapó con la del Noroeste Argentino¹⁰⁵ se han evaluado el tipo y grado de tales relaciones¹⁰⁶. En particular, junto con la presencia de fragmentos y/o vasijas Ciénagas y Vaquerías¹⁰⁷, las relaciones más fuertes se han efectuado con Aguada, las que más que responder a un fenómeno de migración poblacional¹⁰⁸, serían fruto de una esfera de interacción que posibilita el flujo de ideas y objetos entre ambas vertientes de la cordillera andina¹⁰⁹.

En efecto, este momento ve el ingreso a la zona de Copiapó de nuevos elementos materiales que sugieren una relación con constructos ideológicos diferentes a los de tiempos anteriores. Un referente de este cambio es la transformación en las prácticas asociadas al consumo de alucinógenos, desapareciendo las prácticas fumatorias materializadas en pipas y apare-

⁹⁹ Iribarren 1969b; Niemeyer *et al.* 1994.

¹⁰⁰ Niemeyer *et al.* 1994.

¹⁰¹ Niemeyer *et al.* 1994.

¹⁰² Kuzmanic 1988.

¹⁰³ Castillo 1988; Niemeyer 1998.

¹⁰⁴ González y Westfall 2005, 2008.

¹⁰⁵ Iribarren 1969b.

¹⁰⁶ Castillo *et al.* 1996-97; Callegari 1998; Niemeyer 1998.

¹⁰⁷ Cervellino 1992; Niemeyer 1998.

¹⁰⁸ Castillo *et al.* 1996-97.

¹⁰⁹ Callegari 1998.

ciendo prácticas inhalatorias asociadas a tabletas y espátulas, aspecto común a otras regiones del mundo andino en este momento (Figura 7). Asociado a lo anterior, en el arte rupestre destacan sitios como Quebrada La Puerta, La Chinchilla, Las Pinturas, y Finca de Chañaral; en los dos últimos se reconocen sujetos asociados a la imagen del Sacrificador¹¹⁰ (Figura 10). Se da también un cambio en los lenguajes visuales plasmados en la alfarería y la aparición de sistemas de organización cuatripartito del espacio decorativo (Figura 7).

En relación con la cronología, se cuenta con 12 dataciones absolutas publicadas, provenientes de cuatro sitios. Las fechas se concentran entre los 800 y 900 años d.C., proyectándose algunas hacia el 1.000-1.200 años d.C., sin que se observe un traslape con las fechas del Alfarero Temprano.

De esta manera, vemos que el Periodo Medio tiene una expresión clara y un variado registro material en la Región de Atacama, especialmente en Copiapó, situación que contrasta con lo que ocurre en Elqui y Limarí.

2.2. *El Periodo Medio en la IV Región de Coquimbo*

El conocimiento sobre el Periodo Medio en esta zona es aún más limitado que en la Región de Atacama y sus manifestaciones más claras se concentran en el valle del Elqui, especialmente en la costa. En el valle del Limarí, donde las investigaciones son escasas, sabemos que a nivel de colecciones se conservan algunas pocas vasijas del tipo Ánimas III y de un tipo recientemente definido y conocido como Ánimas BPZ¹¹¹ (Figura 7). La procedencia exacta de estas piezas es desconocida. A su vez, los trabajos de Montané y Niemeyer¹¹² en la costa reconocieron ocupaciones asociadas a este momento y con alfarería asignable a los tipos Ánimas.

Los trabajos en la zona de Combarbalá¹¹³, en tanto, no han registrado la presencia de materiales identificados con grupos del PM. Similar situación se ha constatado en la hoya del Choapa¹¹⁴, donde el único registro asociable a este momento son petroglifos con diseños vinculados a la cultura La Aguada¹¹⁵. En ambas zonas, como hemos indicado, la arqueología demuestra una continuidad temporal de tradiciones alfareras tempranas hasta la misma irrupción de la cultura Diaguita en la zona¹¹⁶.

Por estas razones nos concentraremos en la descripción de los principales rasgos que caracterizarían a este momento en el valle de Elqui, comentando de paso algunos de los vacíos e interrogantes que la investigación deberá ir aclarando, conforme avancen los estudios en esta y otras zonas. Aunque las ocupaciones más significativas atribuidas a los grupos del PM parecen concentrarse en el sector costero del valle, esta impresión bien podría ser el resultado de la escasez de reportes sobre hallazgos en sectores interiores. Como detallamos más adelante, actualmente sabemos que la alfarería atribuida al PM se encuentra presente en sitios de los cursos inferior, medio y superior del río Elqui.

Prácticamente la única fuente de evidencias respecto a los grupos atribuidos al PM en el valle del Elqui es la excavación de contextos funerarios. Las informaciones sobre estos enterramientos son parciales y confusas, a excepción de los trabajos efectuados en el sitio Plaza de Armas

¹¹⁰ Cervellino y Sills 2001; Cabello *et al.* 2010.

¹¹¹ Cantarutti y Solervicens 2005; Guajardo 2008.

¹¹² Montané y Niemeyer 1960.

¹¹³ Iribarren 1973; Méndez y Jackson 2008.

¹¹⁴ Castillo 1991; Rodríguez *et al.* 2000.

¹¹⁵ Troncoso y Jackson 2010.

¹¹⁶ Pavlovic y Rodríguez 2006; Méndez, Troncoso, Jackson y Pavlovic 2009.

de Coquimbo. Por lo tanto, aunque los datos que aporta este sitio son cruciales para entender el tratamiento mortuario y otros aspectos de la vida cotidiana, es necesario ser cautos en términos de las generalizaciones a las que es posible llegar a partir del análisis de un único sitio. Más aún cuando no se poseen fechados absolutos confiables para el mismo.

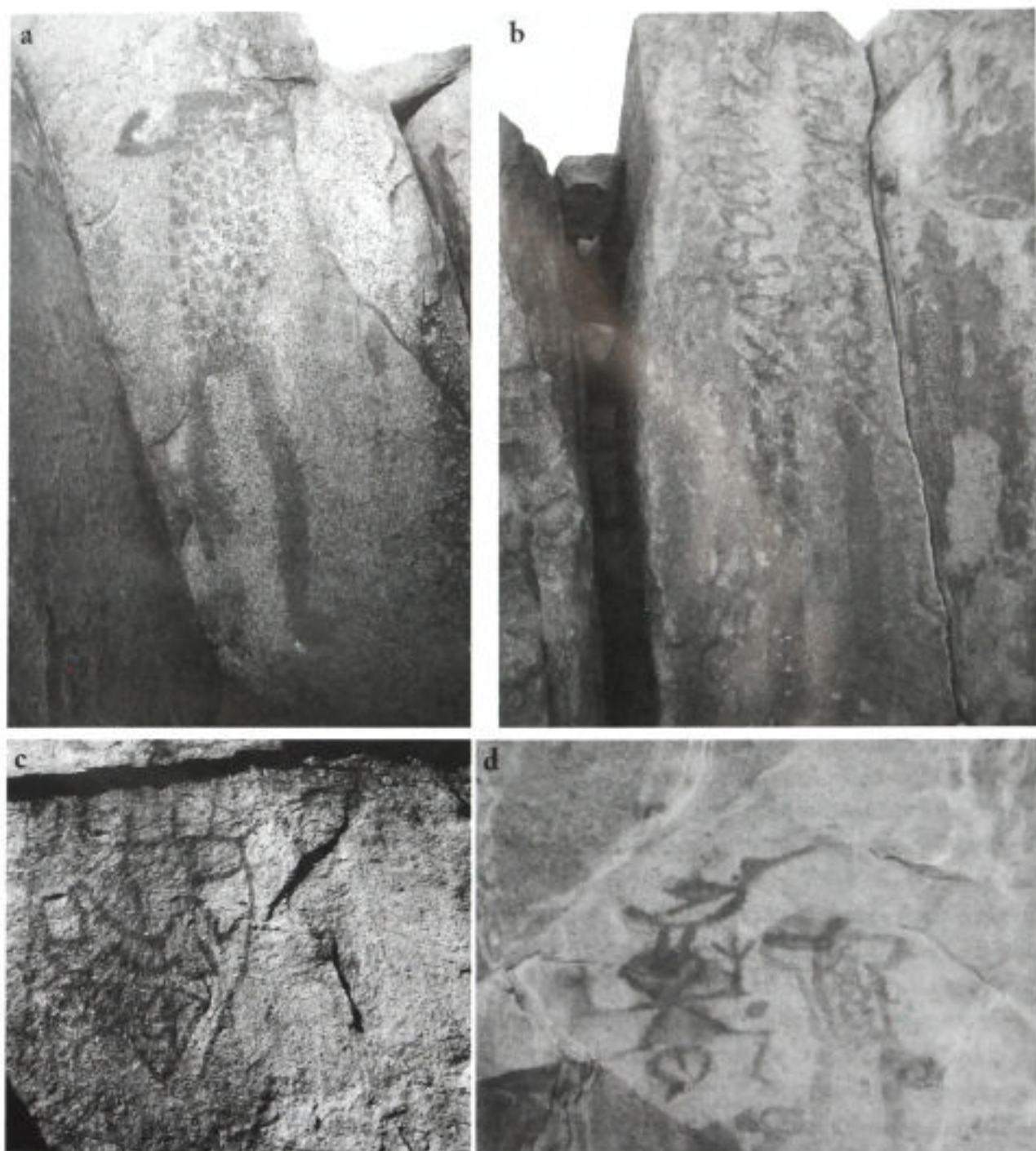


Figura 10. Arte rupestre del Periodo Medio en la región de Copiapó: a-b) Quebrada Las Pinturas; c-d) Finca Chañaral (Fotografías gentileza de Francisco Gallardo, proyecto FONDECYT 1070083).

En este sitio se identificó un total de 34 sepulturas, de las cuales fue posible excavar 26 en detalle¹¹⁷. La distribución horizontal de los entierros puede ser descrita como relativamente espaciada, con distancias de entre 1,5 a 2 m entre sí. Se trata de sepulturas individuales, en las cuales se reconoció la presencia de 20 adultos (incluida una mujer con un feto en su vientre) y de otros seis individuos entre infantes y lactantes. En 15 de las 26 sepulturas se reconoció la presencia de bloques de piedra dispuestos sobre los entierros, pero en cinco casos se constató la presencia de más de 20 de ellos conformando especies de ruedos, que pudieron servir como señalizaciones.

Respecto a la orientación de los individuos, esta pudo ser determinada en 25 de los entierros, los que mostraron mayormente una disposición de oeste a este que contrasta con el posterior patrón Diaguita en que predominan los cuerpos orientados en sentido contrario (este a oeste). De hecho, solo dos individuos fueron dispuestos de aquella manera y otros dos de norte a sur. Llamativamente, las piernas de todos los individuos estaban dispuestas con algún grado de flexión, mientras que en la mayoría de los casos el tronco estaba decúbito lateral (izquierdo y derecho). Solo tres de los individuos yacían decúbito ventral.

Uno de los aspectos más llamativos de los entierros excavados en el sitio Plaza de Armas de Coquimbo es la disposición de camélidos articulados en estrecha asociación con las personas enterradas (tanto adultos como infantes), situación constatada en 18 de las 26 sepulturas (Figura 11). Salvo un par de excepciones, en las ocho sepulturas que no contenían camélidos también se halló otros elementos artefactuales como ofrendas. En las únicas dos sepulturas que no conservaron artefactos se recuperó algunos moluscos y restos de pescado. El número de camélidos que acompañaban a los difuntos en las tumbas era irregular, variando de uno a cinco camélidos, siendo lo primero lo más frecuente y lo último solo registrado en un caso. En la región pelviana de algunos de estos animales se halló esqueletos que podrían corresponder a fetos o neonatos. Desafortunadamente los restos de camélidos se encontraron en muy mal estado de conservación y si bien inicialmente se planteó que corresponderían a llamas, un estudio reciente sugiere que se trata de camélidos no domesticados, específicamente guanacos¹¹⁸. Una vez cazados, los guanacos habrían sido trasladados enteros para ser ofrendados junto al individuo enterrado.

Los objetos que conforman el ajuar y las ofrendas de los individuos sepultados se ubican preferentemente cerca del cráneo, pero también junto a otras zonas del cuerpo. Algunas de ellas, las más pequeñas, se hallan reunidas dentro de grupos discretos como si hubieran sido dispuestas dentro de algún envoltorio que no se ha preservado. Estas ofrendas muestran una alta cantidad de artefactos líticos, los que se asocian tanto a prácticas de cacería como de explotación marítima, ejemplificados en puntas de proyectil, cuchillos, instrumentos como pesas de red y adornos tales como colgantes pectorales. La industria sobre material óseo muestra una orientación similar con el registro de punzones, barbas de anzuelo o arpón y chuzo mariscador, pero también destacan en ella piezas asociadas con el consumo de psicotrópicos, contándose 11 espátulas y ocho tubos, uno de ellos con una boquilla de madera. En algunos casos estos objetos fueron hallados junto a conchas de almeja y ostión pulidas, empleadas como recipientes o "tabletas" para el consumo de psicotrópicos.

¹¹⁷ Castillo 1984; Castillo *et al.* 1985.

¹¹⁸ Becker y Cartajena 2006.

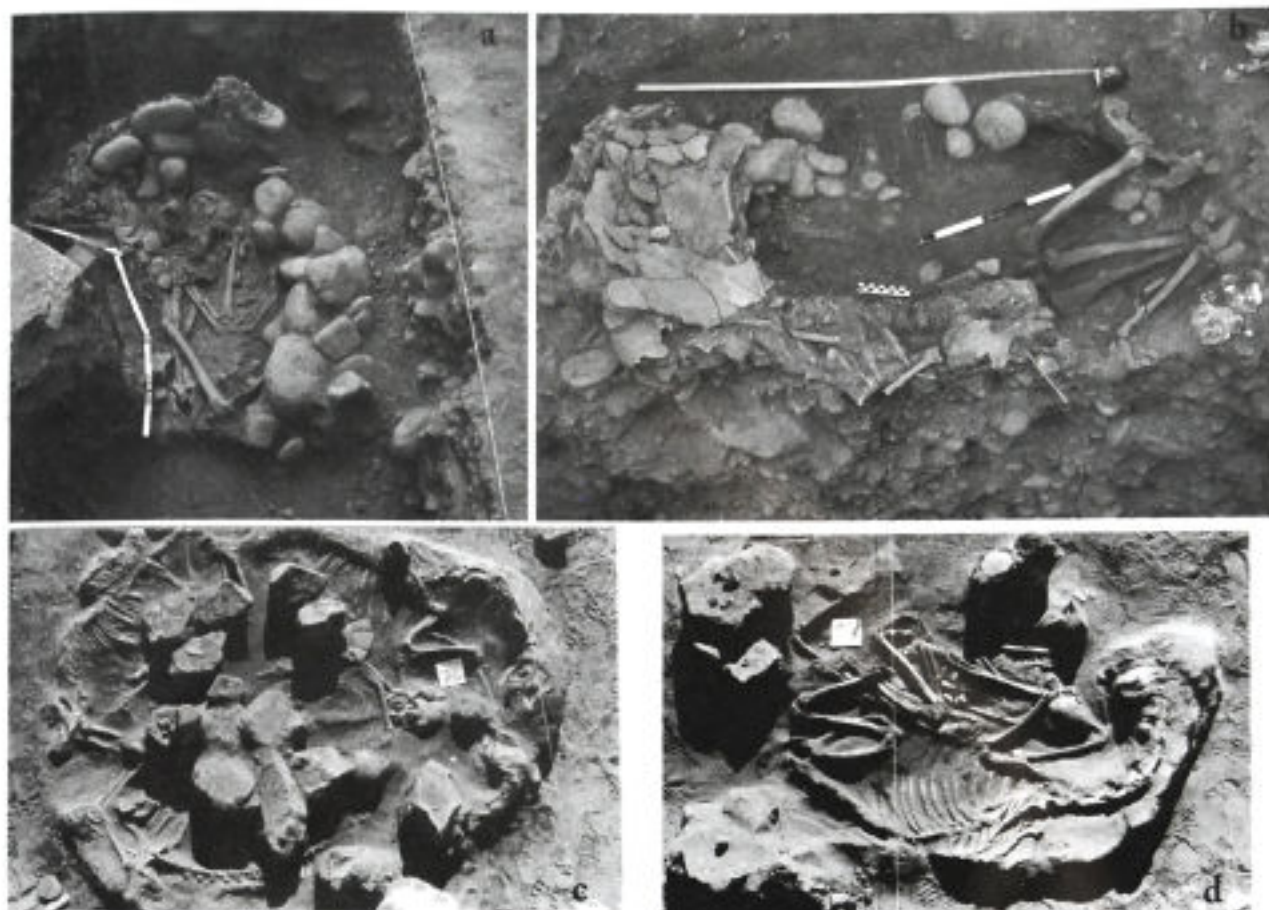


Figura 11. Enterratorios del Periodo Medio en la costa del valle de Elqui: a-b) Tumba con camélidos del sitio Plaza La Serena (Fotografías gentileza de Pablo Larach); c-d) Tumba con camélido del sitio Plaza de Coquimbo (Archivo fotográfico del Museo Arqueológico de La Serena).

Un atributo llamativo de este contexto es la alta presencia de elementos de metal, los que superan la centena (N=129)¹¹⁹. Estos son en su mayoría de cobre o de alguna aleación rica en este metal. Entre los objetos se cuentan aros cuyas formas son muy similares a las Diaguita, incluido un ejemplar elaborado en plata o en una aleación de este metal. También hay campanillas piramidales de lados plegados, anzuelos de distintos tamaños, pinzas, placas con forma de "H", colgantes y objetos laminares, un cincel con mango de madera, una lezna y una figura ornitomorfa (Figura 7).

En muy menor cantidad se registran también alfarería (N=9), pequeños restos de textiles, adornos de conchas, una considerable cantidad de cuentas de collar y pendientes de piedra (en rocas blancas y posiblemente turquesa, malaquita y combarbalita), así como trocitos de minerales (posiblemente crisocola). A estos elementos se agrega la presencia ocasional de pigmentos rojos y amarillos, manojos de agujas de hueso y espinas de cactus, así como de moluscos no modificados y restos de pescado.

Las escasas vasijas no presentan decoración y seguramente fueron empleadas como ollas en la preparación de alimentos. A estas se suman un *pucó* gris y el cuerpo inferior de un contenedor, similar al de las urnas diaguitas. La única vasija decorada corresponde a un *pucó* del

¹¹⁹ Corral 2009.

tipo Ánimas I, según la clasificación de Montané¹²⁰. Adicionalmente, también se recuperó de una sepultura disturbada un *pucro* rojo engobado con "falso torno" y dos lóbulos opuestos en el borde. Curiosamente, este tipo de piezas han sido asociadas a la fase Diaguita I.

En su conjunto, las sepulturas del sitio Plaza de Armas de Coquimbo muestran un patrón funerario distintivo, incluyendo ciertos objetos con una identidad cultural singular y otros que guardan estrecha similitud con aquellos que posteriormente caracterizarán a la cultura Diaguita (artefactos líticos, de hueso y metal). En términos generales, el conjunto caracteriza a una población con una fuerte orientación hacia la explotación de recursos costeros, pero que al mismo tiempo denota una especial valoración por los camélidos, al punto que estos constituyen un elemento central en el ritual mortuario de varios individuos. La investigación de contextos domésticos deberá contribuir en el futuro no solo a clarificar mejor el rol de los camélidos entre estos grupos, sino que la dimensión alcanzada por la eventual producción de objetos de metal y adornos personales en piedra y concha. Al menos la inusual cantidad de objetos de metal en el plano funerario es un rasgo que contrasta con lo observado en periodos anteriores y que podría estar vinculado con el valor social de estos elementos como marcadores personales de estatus. De hecho, algunos de los contextos funerarios, como en el caso de la sepultura 12, sugieren la posibilidad de un estatus elevado de carácter heredado o adscrito para niños. En este caso específico, aparecen asociados a un infante seis aros, tres campanillas, una pinza y espátulas de hueso, entre otros objetos que difícilmente podrían caracterizar el estatus logrado o adquirido a tan corta edad por esta persona. Finalmente, también cabe destacar el lugar ocupado por los artefactos empleados en el consumo de psicotrópicos.

Al margen de los contextos del sitio Plaza de Armas de Coquimbo, las informaciones sobre otros contextos funerarios atribuidos al PM en la zona del Elqui se reducen a los datos aportados por Cornely¹²¹ sobre los sitios Quebrada Las Ánimas y El Olivar. De acuerdo con estas descripciones, el sitio Quebrada Las Ánimas (curso inferior del río Elqui) no registraría la presencia de entierros con camélidos. Lamentablemente las descripciones de las sepulturas del sitio son demasiado generales y es imposible reconstruir cabalmente las asociaciones entre los objetos recuperados, especialmente de la alfarería. La presencia de *pucos* tricromos subesféricos de estilo Diaguita Transición (descritos como Ánimas IV¹²²), así como de jarros zapatos sugiere un componente Diaguita fase I. El componente del PM, en tanto, está representado por *pucos* pertenecientes a los tipos Ánimas I y III. De acuerdo con lo descrito por Cornely¹²³, mientras algunos de los individuos habrían sido enterrados dentro de alineamientos de planta sub rectangular formados con guijarros de río, otros habrían sido enterrados en ausencia de esta clase de rasgos. Desafortunadamente no es posible precisar desde qué tipo de sepulturas fueron recuperados los respectivos tipos cerámicos.

En El Olivar, por su parte, específicamente en el grupo de tumbas R, Cornely¹²⁴ reporta el hallazgo de ocho sepulturas en que los individuos aparecen enterrados junto a esqueletos de camélidos completos. De estas tumbas, cuatro presentaron vasijas que Cornely describe como pertenecientes al estilo "Arcaico" y que, por lo tanto, podrían corresponder a cualquiera de los tipos Ánimas definidos por Montané (Ánimas I, II, III o IV). En una publicación de carácter

¹²⁰ Montané 1969.

¹²¹ Cornely 1956a.

¹²² En Montané 1969.

¹²³ Cornely 1956a.

¹²⁴ Cornely 1956a.

epistolar, Cornely¹²⁵ proporciona información sobre el hallazgo de sepulturas en el grupo T del sitio con vasijas que podrían interpretarse como del tipo Ánimas II. En este caso, sin embargo, no menciona asociaciones a camélidos. Desgraciadamente los antecedentes conocidos no permiten reconstruir con certeza aquellos contextos con la alfarería que podría ser atribuida al PM.

A estos sitios se suman conchales ubicados en la costa de Elqui y Limarí, sin presencia de entierros, que recalcan la orientación costera de estas poblaciones, con industrias orientadas a la obtención de moluscos y peces. Tubos de hueso de 8 a 9 cm de largo hallados en Puerto Aldea han sido interpretados como boquillas para inflar balsas de cuero de lobo¹²⁶.

Actualmente se consideran como diagnósticos del PM del Elqui los tipos cerámicos definidos por Montané¹²⁷, así como algunas variantes de estos y el nuevo tipo Ánimas BPZ¹²⁸ (Figura 7). Cabe destacar que, a excepción del tipo Ánimas I, ocasionalmente todos estos tipos cerámicos decorados pueden presentar el rasgo conocido como "falso torno" en la base, es decir, una pequeña hendidura central que también se encuentra en piezas diaguitas de estilo Transición¹²⁹. El tipo Ánimas IV, tal como lo confirmara Ampuero¹³⁰ desde el ámbito funerario, se asocia a vasijas de estilo Transición características de la fase Diaguita I, por lo que se le puede considerar como propio del conjunto cerámico inicial de la cultura Diaguita. En el Limarí también se ha observado esta situación, pero en estratos ocupacionales del sitio San Julián¹³¹.

Todavía existen bastantes interrogantes respecto a la frecuencia, contextos de uso y la propia cronología de la alfarería atribuida a los grupos del PM. Hace unos años, frente a la escasez de piezas y fragmentos pertenecientes a los tipos cerámicos Ánimas I y II en el Elqui, no se descartaba la posibilidad de que estos pudieran ser de un carácter intrusivo, ingresando al valle mediante intercambios u otros mecanismos¹³². Recientes trabajos¹³³ llevan a matizar esta postura al conocer algo más sobre la alfarería atribuible a los grupos Ánimas.

Respecto a sus contextos de uso, la mayor parte de la alfarería decorada corresponde a *pucos* y cuencos, posiblemente empleados para servir alimentos. No obstante, los hallazgos realizados hasta ahora parecen sugerir que la frecuencia de cerámica decorada es bastante baja en contextos domésticos (inferior al 5%). En sepulturas la situación tampoco parece ser muy diferente.

Es importante destacar que las piezas cerámicas no decoradas atribuidas al PM y las diaguitas parecen ser indistinguibles en términos tecnológicos. Es decir, a nivel de atributos de pasta, cocción, tratamientos de superficie y espesor de paredes, la fragmentería cerámica no decorada del PM y la diaguita son en todo similares. Lo mismo ocurre con los tipos cerámicos Ánimas III y Ánimas BPZ, cuyas formas (*pucos* y cuencos) también seguirán siendo producidas por los grupos diaguitas, aunque decoradas con diseños característicos de dicha cultura. Algo similar se constata en el tipo Ánimas II, especialmente entre los *pucos* de perfil subesférico, solo que estos evidencian una cocción reductora interior que les provee el color negro¹³⁴.

¹²⁵ Cornely 1969.

¹²⁶ Montané y Niemeyer 1960; Castillo 1988.

¹²⁷ Montané 1969.

¹²⁸ Guajardo 2008, 2011.

¹²⁹ Guajardo 2008.

¹³⁰ Ampuero 1972-73.

¹³¹ Serani *et al.* 2004.

¹³² Cantarutti y Solervicens 2005; Osorio 2003.

¹³³ Guajardo 2011.

¹³⁴ Guajardo 2011.

El tipo cerámico Ánimas I, en cambio, contrasta con los anteriores en términos de varios atributos de su pasta (pequeño tamaño de las inclusiones, color más anaranjado de la matriz, cocción oxidante completa), su forma tronco-cónica, e incluso en ciertos elementos de su decoración. De los tipos cerámicos Ánimas también parece ser el menos frecuente en el Elqui. Tanto en contextos domésticos como funerarios, la valoración por este tipo cerámico, o al menos el especial cuidado en su preservación, queda reflejado en los frecuentes agujeros de restauración prehispánica presentes en sus fragmentos¹³⁵.

En relación con la posición cronológica de los tipos cerámicos atribuidos al PM, la asociación estratigráfica en conchales de los tipos Ánimas I, II, III y BPZ, en sitios como Compañía de Teléfonos y El Olivar, sugiere su relativa contemporaneidad. Respecto a su distribución espacial, el material conservado en el Museo Arqueológico de La Serena permite señalar que el tipo Ánimas I se encuentra representado mayoritariamente en torno al sector costero, en los sitios Plaza de Armas de Coquimbo, El Olivar y Quebrada Las Ánimas. El tipo Ánimas II ha sido hallado en estos mismos espacios, en sitios como Lengua de Vaca, El Olivar, Compañía de Teléfonos, Peñuelas 24 y Altovalsol, pero también en el curso superior del Elqui, en Hacienda San Carlos. El tipo Ánimas III se encuentra con más frecuencia que los anteriores, en los sitios costeros de Los Pozos (Puerto Aldea), El Olivar, Peñuelas 24, Compañía de Teléfonos, Punta de Teatinos, e incluso podría estar presente en el interior en el sitio La Viñita, cerca de Paihuano¹³⁶, así como en localidades del río Hurtado y Limarí. Finalmente, el tipo Ánimas BPZ está presente en la costa en Compañía de Teléfonos, Plaza de Armas de La Serena, El Olivar, y en el interior en Marquesa y localidades no definidas del valle del Limarí.

A diferencia de lo que ocurre en Copiapó, solo se cuenta con dos dataciones absolutas para estos contextos. La primera, proveniente del sitio Compañía de Teléfonos, ubica este desarrollo entre 775 y 1.208 años d.C. y ha sido utilizada como dato para proponer la presencia de estos contextos en 905±50 años d.C. a partir de la lectura directa de la datación¹³⁷. Una segunda fecha proveniente de un instrumento de madera del sitio Plaza de Coquimbo enmarca la ocupación entre 1.121 y 1.394 años d.C., la que podría ser demasiado tardía para este contexto. Sin duda, la obtención de nuevos fechados es imprescindible para poder discutir la extensión y dinámica temporal de un aparentemente breve PM, así como las relaciones que se establecen con los desarrollos del Alfarero Temprano y la cultura Diaguita.

Aunque los procesos sociales ligados a los orígenes de las comunidades del PM en esta región son poco claros aún, se ha planteado que estos estarían estrechamente relacionados con el desarrollo temprano de las comunidades del PM en el valle de Copiapó¹³⁸. Se piensa que estos grupos de Copiapó, portando o incorporando rasgos estilísticos alfareros del desarrollo terminal Aguada y Ciénaga del Noroeste Argentino, comienzan a producir una alfarería policroma incluyendo diseños y formas que aparentemente llegarían a propagarse, con importantes variantes, hasta el mismo valle del Elqui. Esta hipótesis aún requiere ser investigada más profundamente, evaluando las posibles conexiones culturales entre los grupos de los valles más septentrionales del NSA. Por ahora, los datos no permiten discutir este tema mayormente, haciéndose importante conocer las posibles similitudes biológicas entre las poblaciones

¹³⁵ Guajardo 2011.

¹³⁶ Guajardo-Tobar 1940.

¹³⁷ Ampuero 1972-73.

¹³⁸ Iribarren 1969b; Montané 1969; Niemeyer 1998.

del PM de Copiapó y Elqui, así como las relaciones que a este nivel podrían existir entre dichas poblaciones y sus antecesoras en sus respectivos valles¹³⁹.

Finalmente, las relaciones con las comunidades diaguitas son una realidad incuestionable, pues los conjuntos materiales de ambos momentos muestran una continuidad tanto a nivel de tradiciones tecnológicas como de asentamientos. Las puntas de proyectil finamente talladas con pedúnculo y aletas halladas en Plaza de Coquimbo, son similares a las observadas posteriormente entre los diaguitas. Ambos conjuntos alfareros, como está dicho, exhiben continuidad en términos de opciones tecnológicas de manufactura¹⁴⁰. Tubos, espátulas y cucharas vinculadas al consumo de psicotrópicos, lo mismo que los recipientes de concha, continuaron en uso también entre los diaguitas hasta tiempos incaicos. Algo similar puede decirse respecto a los artefactos de metal especialmente en lo que respecta a aros y otros instrumentos como pinzas, anzuelos y cinceles. Sin embargo, entre los objetos de metal, no debería asumirse que todos hayan sido elaborados localmente. Campanillas piramidales y placas en forma de "H" también han sido halladas en regiones más septentrionales, incluido el Noroeste Argentino valliserrano¹⁴¹. Por ende, no puede descartarse su posible circulación, tal vez como bienes de prestigio. Análisis composicionales de estos objetos podrían ayudar al menos a dilucidar la presencia o ausencia en ellos de metales que, como el estaño, no se encuentran en estas latitudes, pero que fueron empleados por otras tradiciones metalúrgicas.

Tan importante como la continuidad estilístico-tecnológica en el plano artefactual es la continuidad ocupacional de espacios domésticos en sitios como Los Pozos, Peñuelas 24, Compañía de Teléfonos, El Olivar, Altovalsol o Hacienda San Carlos. En El Olivar incluso existe una continuidad en el uso del espacio en términos funerarios, tal como podría estar ocurriendo en Quebrada Las Ánimas y Punta de Piedra. A nivel del patrón mortuario, la disposición de camélidos como ofrendas fúnebres no es exclusiva de los entierros Ánimas, sino que también ocurre en sepulturas de la fase Diaguita I que incluyen cerámica de estilo Transición. Así ocurre en el sitio La Higuera, cerca del poblado de Guanaqueros¹⁴²; en Parcela 24 de Peñuelas¹⁴³, y en el sitio El Olivar, en La Serena¹⁴⁴. Esto sugiere que, aunque menos frecuente, la disposición de camélidos completos como ofrendas mortuorias se habría extendido hasta, al menos, la fase Diaguita I¹⁴⁵. Este rasgo, al no ser exclusivo del PM, plantea un problema al momento de interpretar la adscripción cultural de algunos entierros en los que los individuos, al margen de su asociación a los camélidos, no presentan otras ofrendas de carácter diagnóstico, hecho que también se ha comprobado en el sitio El Olivar¹⁴⁶. Ya hemos comentado también que la orientación de los cuerpos es distinta a la diaguita, no obstante la posición de los individuos (decúbito lateral con las piernas flectadas) recuerda a los entierros de la fase Diaguita I en el valle del Elqui.

Las evidencias revisadas permiten sostener que los grupos atribuidos al PM proporcionan el sustrato cultural que dará origen a la cultura Diaguita. No obstante, la escasa información que hoy en día manejamos todavía no nos permite precisar la cronología de estos procesos,

¹³⁹ Guajardo 2011.

¹⁴⁰ Guajardo 2011.

¹⁴¹ González, L. 2004.

¹⁴² Cornely 1956a.

¹⁴³ Biskupovic y Ampuero 1991.

¹⁴⁴ Slusser 1950; Ocampo, comunicación personal 2008.

¹⁴⁵ Ampuero 1989.

¹⁴⁶ Cantarutti, comunicación personal 2010.

ni tampoco entregar una reconstrucción más amplia en torno a la organización social, económica y la cosmovisión de estos grupos. Eventualmente, y a la luz de las evidencias revisadas, antes que distinguir un complejo cultural en la zona (Ánimas) o un Periodo Medio, es necesario ampliar las investigaciones para definir si estos sitios y conjuntos materiales conforman una gran unidad con lo diaguita o si se justifica individualizarlos como entidades diferentes.

3. El Periodo Intermedio Tardío (PIT)

Tras el desarrollo del Periodo Medio, y avanzado ya el siglo XI de nuestra era, se dan dos desarrollos independientes en el Norte Semiárido, la cultura Copiapó y la cultura Diaguita.

3.1. Cultura Copiapó

En las últimas décadas, investigaciones arqueológicas conducidas en diferentes tramos de la hoya del río Copiapó han permitido comprobar que durante el PIT prosperaron en la región comunidades que compartían una identidad cultural común y distintiva, reproducida en un conjunto de elementos materiales, que hoy reconocemos bajo el nombre de cultura Copiapó¹⁴⁷ (Figura 12). En efecto, hasta hace no muchos años se pensaba que la zona de Copiapó había sido habitada desde el PIT y hasta la conquista española por comunidades diaguitas, al igual que la Región de Coquimbo¹⁴⁸. Actualmente se plantea que los diaguitas ocuparon sitios en los valles de Copiapó y que interactuaron significativamente con sus comunidades nativas, pero solo en el marco de estrategias de control imperial impulsadas por el Estado Inca, que habrían involucrado el traslado de *mitmaquna* diaguitas desde el sur (ca. 1.450 años d.C.)¹⁴⁹.

En virtud del carácter reciente de la investigación enfocada al estudio de la cultura Copiapó, la información publicada a la fecha todavía es escasa. Por la misma razón, la presente sección se centra más en la descripción de los elementos culturales que han permitido comenzar a conocer a estas comunidades, antes que en las inferencias sociales derivadas de los datos conocidos.

Los orígenes de la cultura Copiapó estarían estrechamente ligados al desarrollo de las comunidades del PM. A pesar de que hasta ahora las evidencias no parecen indicar una mayor continuidad en el uso del espacio entre el PIT y el PM (como parece ser el caso en el sitio Ojos de Agua del Montosa), sí se han advertido, por ejemplo, similitudes en términos de la forma que adquieren las viviendas¹⁵⁰. Es decir, al igual que en el PM, las unidades domésticas de los sitios Copiapó se preservan como depresiones más o menos circulares con basuras domésticas al costado (Figura 13). En el plano de la producción alfarera se ha advertido que existe un ordenamiento de los campos de diseños, así como patrones de simetría similares entre la cerámica del PM y la Copiapó Negro sobre Rojo y sus variantes¹⁵¹ (Figura 12). Estos elementos muestran una continuidad en aspectos visuales y estructurales de la alfarería que

¹⁴⁷ Cabello *et al.* 2010; Castillo 1998; Cervellino y Gaete 2000.

¹⁴⁸ Ampuero 1989.

¹⁴⁹ Castillo 1998.

¹⁵⁰ Castillo 1998.

¹⁵¹ Garrido 2007, 2010.

permitirían plantear que la identidad cultural de los grupos Copiapó sería en buena medida heredera de las comunidades del PM.

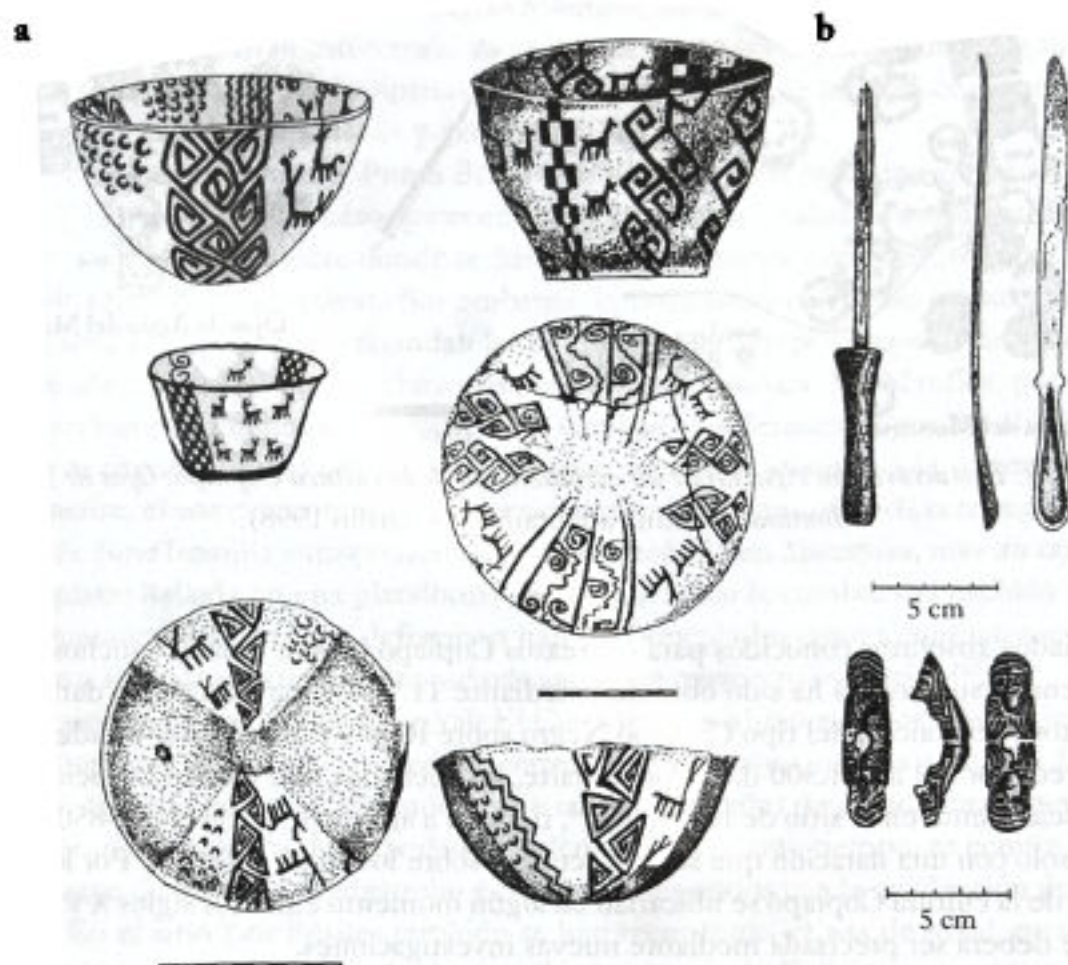


Figura 12. Conjuntos materiales de la cultura Copiapó: a) Cerámica; b) Instrumentos de hueso.

Actualmente sabemos que el área efectivamente habitada por las comunidades de la cultura Copiapó durante el PIT abarcó la amplia región comprendida por la hoya del río homónimo. La distribución de los sitios conocidos sugiere una importante inclinación de estos grupos por el establecimiento de asentamientos residenciales en los valle interiores, entre pisos ecológicos de valle medio y cordillera. Se piensa que en el curso inferior del río Copiapó y a lo largo de la franja costera la ocupación Copiapó habría sido menor¹⁵². No obstante, dicha visión bien podría ser un reflejo del actual estado de la investigación, que ha privilegiado más el estudio del PIT en los valles interiores que en las zonas costeras¹⁵³. Por otro lado, futuras investigaciones entre el sur de la hoya del Copiapó y la del Huasco deberán esclarecer el alcance de las ocupaciones preincaicas de diaguitas y grupos Copiapó dentro de este espacio, así como la naturaleza de eventuales contactos entre dichos grupos. Lo mismo es válido respecto a la modalidad de las ocupaciones hacia las tierras más áridas del norte, entre el río Copiapó y San Pedro de Atacama.

¹⁵² Castillo 1998.

¹⁵³ Castillo 1998; Cervellino 1995, 1996; Borlando 2011.

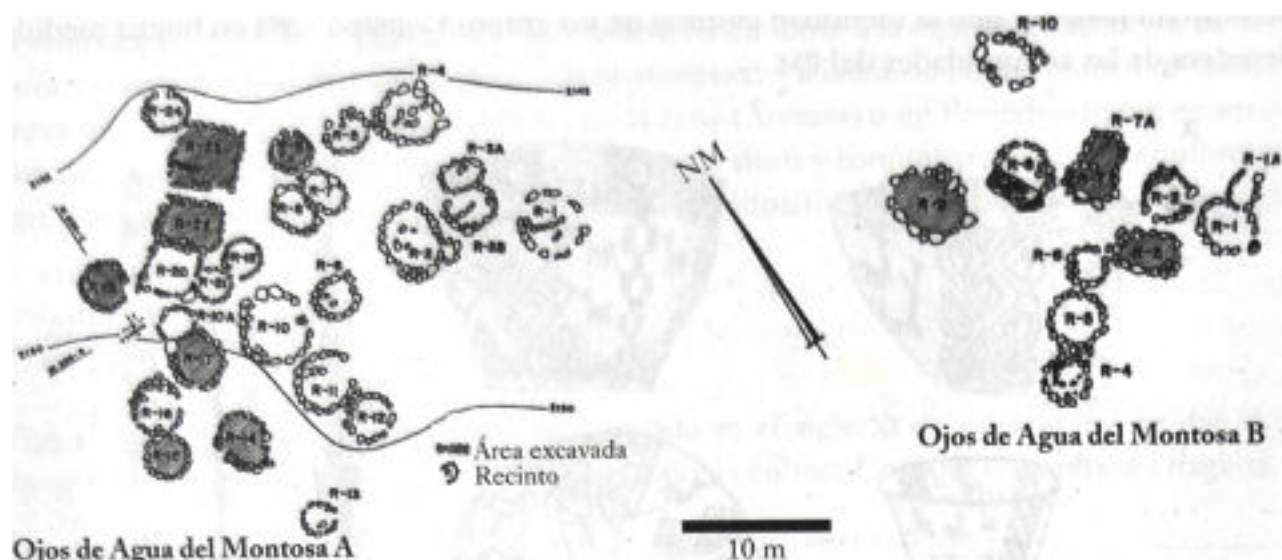


Figura 13. Estructuración espacial de un asentamiento de la cultura Copiapó: Ojos de Agua del Montosa (Lámina adaptada de Castillo 1998).

Los fechados absolutos conocidos para contextos Copiapó no son todavía muchos (cerca de una docena) y su mayoría ha sido obtenida mediante TL¹⁵⁴. La mayoría de las dataciones de fragmentos preincaicos, del tipo Copiapó Negro sobre Rojo y Punta Brava, tiende a concentrarse alrededor del año 1.300 d.C. Por su parte, los fechados más tardíos conocidos para el PM, especialmente en el sitio de La Puerta¹⁵⁵, tienden a agruparse hacia el año 850 d.C., contándose solo con una datación que se proyecta por sobre los 1.000 años d.C. Por lo tanto, los orígenes de la cultura Copiapó se ubicarían en algún momento entre los siglos X y XII, cronología que deberá ser precisada mediante nuevas investigaciones.

El conocimiento más acabado sobre esta cultura se basa en el estudio de sitios ubicados en las cuencas de los ríos Pulido, Jorquera y Manflas, tributarios todos del río Copiapó¹⁵⁶. Sitios como El Farellón, Los Fósiles y Los Molinos han permitido comenzar a conocer la variabilidad formal que presentan los asentamientos residenciales en el río Jorquera. Al igual que la mayoría de los sitios habitacionales, Los Fósiles se ubica en una ladera de cerro que domina el fondo del valle. Destacan dentro del sitio sectores con una serie de aterrazamientos artificiales con una depresión central y que presentan evidencias de basuras domésticas a su alrededor. Estos rasgos tienen un aspecto similar al que presentarían túmulos funerarios una vez saqueados; no obstante, las investigaciones sugieren que corresponden a unidades o espacios discretos de actividad doméstica. En el sitio Los Molinos, en tanto, también se ha detectado una docena de estas unidades en la parte alta del asentamiento, pero en un sector más bajo se han documentado construcciones de planta ovoidal y otras tendientes a rectangulares. Algunas de ellas presentan bases definidas por muros de piedra, sobre las cuales se construyeron paredes de adobe. Restos de carrizos también sugieren la existencia de techumbres en ellas. Destaca además una estructura de mayor tamaño con abundante guano en su interior y que ha sido interpretada como un corral para el manejo de camélidos. Tanto

¹⁵⁴ Garrido 2007.

¹⁵⁵ Niemeyer 1998.

¹⁵⁶ Castillo 1998; Cervellino y Gaete 2000.

en El Farellón como en Los Molinos la amplia presencia de tipos cerámicos Copiapó y sus fechados TL sugieren contemporaneidad en la ocupación de las distintas unidades¹⁵⁷. En otros sitios, como Ojos de Agua del Montosa (río Montosa, tributario del Pulido) y La Junta (en el río Pulido) solo se registran estructuras de piedra, la mayoría de planta circular e hilera simple¹⁵⁸, pero en estos casos la adscripción cronológica y cultural de las estructuras requiere ser confirmada mediante excavaciones y dataciones.

Otros sitios como Manflas y Punta Brava han sido descritos como pucaras con ocupaciones del PIT e Inca¹⁵⁹. Ambos casos parecen ser asentamientos habitacionales emplazados en la falda de crestas rocosas, pero donde se han construido muros y otras estructuras con el fin de cumplir funciones defensivas. Sin embargo, la asignación al PIT de ambos sitios no es del todo clara. En Punta Brava abundan las evidencias de tiempos incaicos, haciendo difícil segregar e identificar de manera clara una ocupación preincaica. En Manflas, por su parte, aunque predominan los elementos materiales Copiapó, las dataciones por TL ubican la ocupación en la segunda mitad del siglo XV, rango cronológico asociado a la presencia Inca¹⁶⁰. Materialmente, el componente incaico aparece definido por una ofrenda ceremonial de estilo cusqueño (una figurilla antropomorfa y otra de camélido en *Spondylus*, más un *tupu* de oro y otro de plata) hallada en una plataforma construida sobre la cumbre del espolón rocoso¹⁶¹. Estos asentamientos con rasgos defensivos han sido vinculados tanto a conflictos sociales locales como a amenazas externas que todavía aguardan mayor investigación¹⁶².

En los sitios El Farellón, El Chuskal, El Castaño, Los Molinos y Los Fósiles se ha recuperado restos de maíz y otros que podrían corresponder a poroto, quínoa y zapallo. Estos elementos, así como la presencia de andenes de cultivo y canales de regadío en algunos de los sitios, apuntan a la práctica de actividades agrícolas¹⁶³. Al mismo tiempo, es común en los sitios el hallazgo de semillas de algarrobo y chañar, relacionados con la recolección de recursos silvestres. En el sitio Los Fósiles también se han recuperado vainas de maní, recurso de la vertiente oriental húmeda de los Andes (posiblemente sur de Bolivia) y que denota la participación de los grupos Copiapó dentro de redes de interacción macrorregional¹⁶⁴.

Complementariamente, en los sitios referidos también se verifica el acceso a recursos costeros, tales como pescado y moluscos, cuyas conchas eran empleadas en la fabricación de adornos (p.ej. cuentas de collar) u otros artefactos (p.ej. recipientes a partir de valvas de ostión para el consumo de psicotrópicos). Común es también la recuperación de huesos de camélido, y más raramente fibras y restos textiles, que podrían estar relacionados tanto con actividades de caza (de guanacos y vicuñas), como con el manejo de ganado, particularmente de llamas¹⁶⁵, aspecto que deberá ser testeado mediante estudios zooarqueológicos. Todos estos elementos parecen sugerir una economía diversificada, en donde los grupos del interior, como es esperable, manifiestan un consumo centrado en los recursos terrestres, tanto silvestres como domesticados.

¹⁵⁷ Garrido 2007.

¹⁵⁸ Castillo 1998.

¹⁵⁹ Castillo 1998.

¹⁶⁰ Garrido 2007.

¹⁶¹ Garrido 2007.

¹⁶² Castillo 1998.

¹⁶³ Cabello *et al.* 2010; Castillo 1998; Cervellino y Gaete 2000.

¹⁶⁴ Castillo 1998.

¹⁶⁵ Castillo 1998.

En términos de cultura material, posiblemente los elementos más diagnósticos de la cultura Copiapó sean las variantes de los tipos cerámicos Copiapó Negro sobre Rojo y Punta Brava, a los cuales se agregan tipos monocromos alisados, que incluirían vasijas asimétricas tipo jarro zapato y grandes contenedores de superficies alisadas con estrías o "escobillados"¹⁶⁶. Los repertorios de motivos, patrones estructurales de diseños y morfología de las piezas Copiapó Negro sobre Rojo han sido analizados en detalle recientemente¹⁶⁷. Como su nombre lo describe, el tipo Copiapó Negro sobre Rojo se caracteriza por la presencia de diseños realizados con pintura negra sobre una superficie engobada de rojo (a veces en compañía de campos negros sobre blanco, o negro sobre ante). Diseños característicos de esta cerámica son las "llamitas" estilizadas con cuatro extremidades, los rostros triangulares antropomorfos, motivos en "U", líneas onduladas verticales, volutas, y conjuntos de "comas". La decoración se presenta en las superficies exteriores e interiores de *pucos* acampanados y semiesféricos, posiblemente empleados para servir alimentos (Figura 12). Del tipo cerámico Punta Brava solo ha sido posible recuperar unas pocas piezas completas, pero sus fragmentos aparecen altamente representados en los sitios Copiapó. Se trata de grandes contenedores, en su mayoría sin asas, a veces con un cuello corto. La superficie externa era decorada con diseños geométricos empleando pintura diluida en colores negro y/o rojo sobre amarillo crema. Posiblemente fueron empleados para el almacenamiento de granos.

Dentro de los conjuntos líticos son comunes las puntas de proyectil con pedúnculo y alas laterales elaboradas en cuarzo y sílices criptocristalinos, aparentemente similares a las que caracterizan a las diaguitas del Elqui y Limarí. En algunos sitios, como Los Molinos y Quebrada La Cantera también se han encontrado cantidades importantes de morteros y manos de moler que denotan la importancia que pudo alcanzar la molienda de granos silvestres y domésticos¹⁶⁸.

Hasta el momento, la evidencia reportada respecto a actividades minero-metalúrgicas y lapidarias asignadas indiscutiblemente al PIT es escasa en el área. Los elementos de metal hallados están hechos en cobre e incluyen aros de cuerpo circular y extremo en espiral, posibles leznas y elementos laminares, como los encontrados en los sitios Los Molinos y Los Fósiles¹⁶⁹. En este último sitio también se verificó el hallazgo de al menos una cuenta discoidal de crisocola (silicato de cobre).

Otros objetos que forman parte del repertorio de artefactos empleados por los grupos Copiapó fueron fabricados en hueso e incluyen punzones, tubos y espátulas, los dos últimos seguramente utilizados junto a recipientes de valvas de ostión para el consumo de sustancias psicotrópicas (Figura 12). Castillo¹⁷⁰ ha sugerido la posibilidad de que tabletas de madera para el consumo de psicotrópicos, cuya presencia como objetos aislados ha sido reportada en antiguos trabajos¹⁷¹, también fueran ocupadas por los grupos Copiapó. En efecto, estos objetos no han sido hallados en contextos del PM ni en aquellos de tiempos incaicos, de lo cual podría inferirse que su uso se relacionaría con el PIT. De cualquier modo, también es un

¹⁶⁶ Castillo 1998; Iribarren 1959.

¹⁶⁷ Garrido 2007, 2010.

¹⁶⁸ Castillo 1998.

¹⁶⁹ Castillo 1998.

¹⁷⁰ Castillo 1998.

¹⁷¹ Matus 1921; Latcham 1926.

tema a dilucidar si dichos objetos fueron obtenidos a través de intercambios con otras zonas o elaborados en el área de Copiapó.

La investigación de contextos funerarios pertenecientes a momentos preincaicos de la cultura Copiapó es prácticamente inexistente. Al margen de la descripción de una tumba excavada en el sitio de Altos Blancos¹⁷², en el valle del río El Potro, las noticias sobre otros contextos mortuorios (p.ej. sitio El Basural, San Fernando) son confusas y limitadas en cuanto a detalles¹⁷³. La sepultura excavada en Altos Blancos ha sido descrita como de forma "ampollar" y formaba parte de un conjunto con al menos otras seis sepulturas excavadas por lugareños. La entrada a la cámara de la tumba que pudo ser investigada estaba protegida por una palizada de ñipa y en su interior se halló el esqueleto de un párvulo en posición semiflectada sobre su costado derecho, aparentemente sobre una estera de totora. Las ofrendas incluían dos jarros zapato y un *puco* Copiapó dispuesto boca abajo, el cual protegía una espátula, un tubo inhalatorio hecho de un cañón de pluma de cóndor con boquilla de madera de algarrobo, un cesto circular plano en técnica de aduja que contenía una calabaza semiesférica y un pico de cóndor¹⁷⁴. Una de las vasijas cerámicas fue fechada mediante TL, obteniéndose una fecha de 1.350±55 años d.C. Tanto la fecha como el contexto sugieren que sería de tiempos preincaicos. Nuevos estudios deberán confirmar si las tumbas ampollares son efectivamente representativas de momentos preincaicos. De ser así, este patrón continuaría en tiempos incaicos pues tumbas similares han sido halladas en sitios como Iglesia Colorada y Cachiyuyo¹⁷⁵.

La escasa y limitada información recuperada desde el ámbito funerario parece subrayar la importancia que al interior de estas comunidades pudo tener el consumo de sustancias psicotrópicas, actividad relacionada sin duda con aspectos simbólico-religiosos de estas comunidades. También parecería existir una presencia diferencial de los tipos cerámicos en los contextos mortuorios, predominando casi exclusivamente la cerámica Copiapó Negro sobre Rojo¹⁷⁶. A diferencia de lo ocurrido durante el PAT y PM, las prácticas funerarias durante el PIT dejan de estar asociadas a la erección de túmulos. Si bien no es posible descartar la existencia de señalizaciones superficiales para las tumbas de los grupos Copiapó, es difícil pensar que aquellas pudieran haber aportado mayor visibilidad que los túmulos, entendidos como monumentos funerarios evocadores de los antepasados y de las creencias en torno a la muerte. En este sentido, los grupos Copiapó establecen nuevas prácticas mortuorias posiblemente vinculadas con reformulaciones en torno al trato a los muertos. Sin perjuicio de ello, las tumbas se agrupan dentro de espacios comunes que sirven a la práctica de ritos fúnebres, lo que sugiere niveles de integración social que podrían abarcar a diferentes unidades domésticas.

3.2. Cultura Diaguita

De acuerdo con el actual estado del conocimiento se propone que la cultura Diaguita, antes de su integración al Imperio Inca, se extendería de norte a sur entre los valles de Huas-

¹⁷² Castillo 1998.

¹⁷³ Iribarren 1959; Gigoux 1927; Matus 1921; Latcham 1926, 1927b.

¹⁷⁴ Castillo 1998.

¹⁷⁵ Castillo 1998.

¹⁷⁶ Garrido 2010.

co y Choapa, ampliando su ámbito de influencia con un carácter más acotado y singular, en el litoral de la Región de Atacama por el norte¹⁷⁷. A esto se suma la presencia de vasijas que reproducen formas y decoraciones diaguitas en contextos del PIT en la zona del valle de Putaendo, aunque coexistiendo con otros tipos cerámicos no diaguitas¹⁷⁸. Entre los valles de Huasco y Choapa, la cultura Diaguita parece compartir modos de vida y conjuntos de expresiones materiales entre las que destacan tipos cerámicos, instrumentos líticos, herramientas de hueso y metal, entre otros objetos¹⁷⁹ (Figura 14). No obstante, el territorio ocupado por los diaguitas también presenta valle a valle singularidades que se manifiestan en tipos alfareros ausentes u otros novedosos, variaciones a nivel de diseños cerámicos, atributos singulares en los modos de sepultación y otros rasgos culturales que recién comenzamos a identificar y entender.

Basándonos en el análisis de materialidades muebles e inmuebles presentamos una breve caracterización de la cultura Diaguita preincaica, privilegiando la proposición de ideas en torno a aspectos relacionados con su cronología, organización sociopolítica, actividades económicas y el ámbito ideológico. También se discuten informaciones incluidas en la documentación etnohistórica con el fin de cuestionarnos la eventual antigüedad de ciertas instituciones. Desgraciadamente la información bioantropológica disponible para tiempos preincaicos es aún más escasa que la arqueológica. Fundamentalmente, la información e interpretaciones compartidas se sustentan en los avances conseguidos por la investigación en las hoyas de los ríos Elqui, Choapa y, en menor medida, Limarí.

El origen de la cultura Diaguita es entendido como un proceso anclado en el desarrollo previo de las comunidades pertenecientes al Periodo Medio, especialmente en el valle del Elqui¹⁸⁰. En varios sitios habitacionales de este valle (p.ej. El Olivar, Altovalsol), así como en la costa (Puerto Aldea¹⁸¹) se reconoce una continuidad ocupacional entre los grupos ánimas y diaguitas, a lo que se suma la existencia de opciones tecnológicas compartidas a nivel de la producción cerámica¹⁸², la elaboración del instrumental lítico, de objetos de hueso, y posiblemente de metal. No es extraño que Cornely¹⁸³, siguiendo observaciones de Ricardo Latcham¹⁸⁴, argumentara que los objetos que actualmente definimos como Ánimas correspondieran a una fase previa de la cultura Diaguita, que ambos autores llamaban Diaguita Arcaica. Con posterioridad, el estudio más detallado de los tipos cerámicos decorados Ánimas¹⁸⁵ y la excavación de sus contextos funerarios¹⁸⁶ ha ofrecido nuevas evidencias que permiten entender a lo Ánimas y lo Diaguita como desarrollos secuenciales, aunque estrechamente conectados¹⁸⁷.

¹⁷⁷ Castillo 1998.

¹⁷⁸ Pavlovic *et al.* 2004, Sánchez R. *et al.* 2004.

¹⁷⁹ Ampuero 1989, 1994; Cornely 1956a; Troncoso 2003a.

¹⁸⁰ Ampuero 1989, 2007.

¹⁸¹ Montané y Niemeyer 1960.

¹⁸² Guajardo 2011.

¹⁸³ Cornely 1956a.

¹⁸⁴ Latcham 1927a.

¹⁸⁵ Montané 1969.

¹⁸⁶ Castillo 1984, 1989; Castillo *et al.* 1985.

¹⁸⁷ Ampuero 1972-73, 1977-78, 1989, 2007; Guajardo 2011.

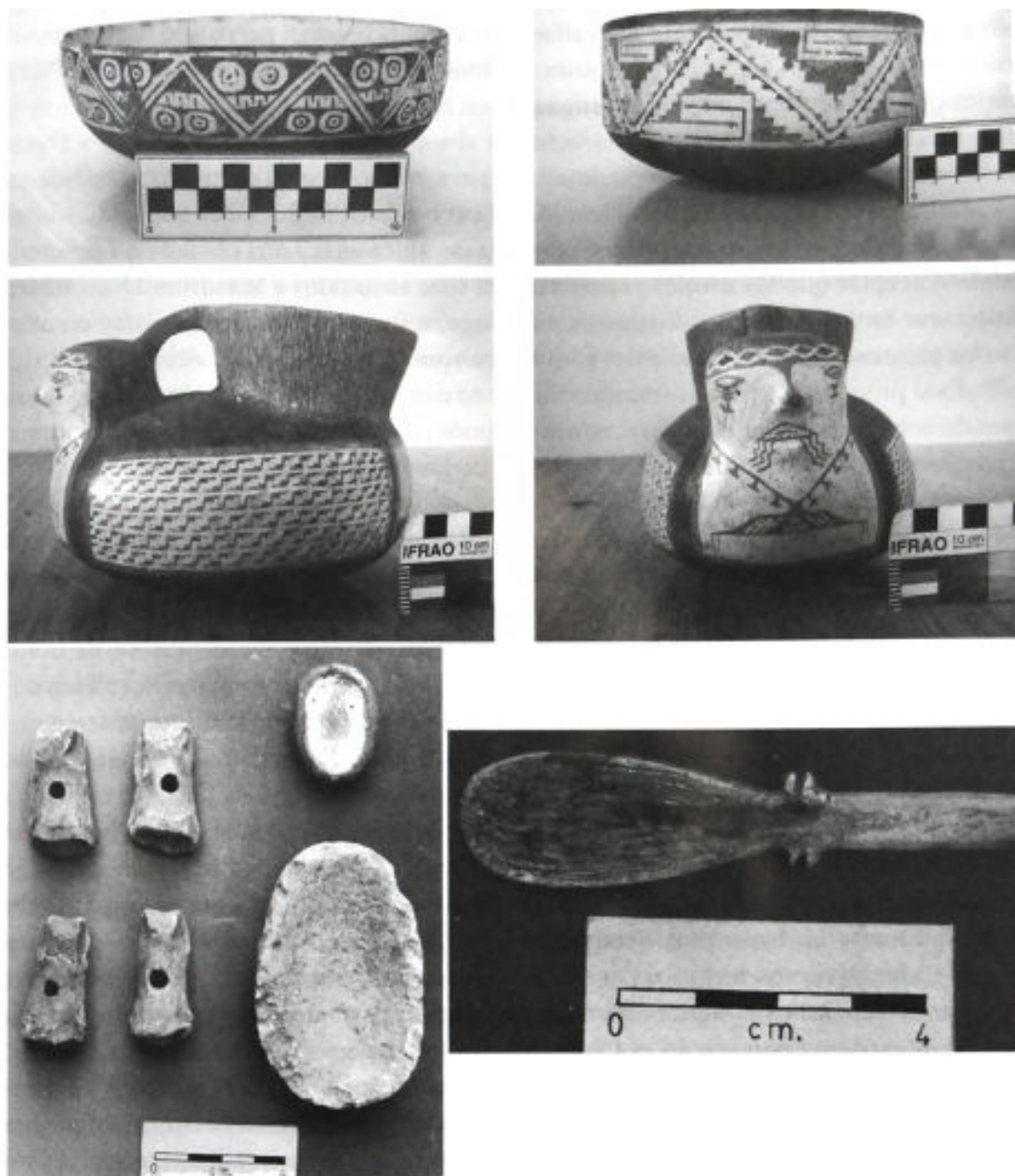


Figura 14. Conjuntos materiales de la cultura Diaguita: cerámica depositada en el Museo del Limarí e instrumental óseo de colecciones particulares del valle de Choapa (Fotos: Cristián Becker, proyecto FONDECYT 1950012).

En contraste con la situación observada en el valle del Elqui, en la hoya del Limarí se conocen escasos antecedentes para el Periodo Medio, y en Choapa no se ha verificado su presencia antecediendo el desarrollo de la cultura Diaguita¹⁸⁸. Al parecer, al menos en Choapa, la

¹⁸⁸ Cantarutti y Solervicens 2005; Castillo 1991; Rodríguez 2005.

transición entre las comunidades alfareras tempranas y la cultura Diaguita parece ser un proceso muy rápido, a excepción de lo que ocurre en ciertas zonas como la cordillera de Illapel y Chalinga, en donde grupos de tradición alfarera temprana habrían persistido y coexistido con las comunidades diaguitas¹⁸⁹. De cualquier modo, la transición entre el PAT y el PIT es una temática que aún requiere mayor investigación en estos valles.

En el valle del Elqui la escasez de fechados absolutos para los sitios Ánimas y Diaguita impide definir un cuadro cronológico detallado para una secuencia cultural todavía bastante esquemática. Si se toma la fecha radiocarbónica calibrada de 775 a 1.208 años d.C. obtenida para la ocupación Las Ánimas del sitio Compañía de Teléfonos, en la ciudad de La Serena¹⁹⁰, podríamos aceptar que los niveles superiores del sitio atribuidos a la cultura Diaguita deberían ubicarse en los momentos finales de ese rango, o posteriormente. Con base en esta fecha se ha planteado que en el valle del Elqui la cultura Diaguita surgiría alrededor del siglo X d.C.¹⁹¹. Esta propuesta es relativamente coherente con fechas TL que sitúan contextos tempranos de la cultura Diaguita generalmente después del año 920 d.C. y más frecuentemente con posterioridad al año 1.000 d.C. en las hoyas de los ríos Limarí y Choapa¹⁹².

La trayectoria histórica de la cultura Diaguita ha sido tradicionalmente dividida en tres fases –Diaguita I, II y III– que se corresponden fundamentalmente con determinados cambios en estilos cerámicos y patrones funerarios detectados en el valle del Elqui¹⁹³. En el marco de este esquema cronológico relativo, las fases Diaguita I y Diaguita II comprenden el desarrollo preincaico de la cultura Diaguita, mientras que la fase III describe el periodo de dominio incaico. En los últimos años, sin embargo, investigaciones han cuestionado la validez de extender espacialmente este esquema hacia otros valles, desestimando la diferenciación en dos fases del desarrollo preincaico de la cultura Diaguita, al menos para la hoya del Choapa¹⁹⁴. Aunque en esta área están presentes los estilos cerámicos Transición y Clásico, que han servido para diferenciar las fases Diaguita I y II respectivamente, fechados por TL han sugerido extensos momentos de contemporaneidad entre ambos, sin claras diferencias estratigráficas en sus distribuciones. Es decir, antes que sucederse en el tiempo, ambos estilos habrían coexistido durante un lapso prolongado (300 años), lo cual inhabilitaría su uso para distinguir fases en la trayectoria histórica Diaguita del área. Alternativamente, se ha planteado que aunque las evidencias cronológicas aportadas apoyan un lapso de relativa contemporaneidad entre ambos estilos cerámicos en el Choapa, dicho traslape sería inferior al propuesto (160 años), siendo de todas formas el estilo Clásico más tardío que el estilo Transición¹⁹⁵. Independientemente de la discusión cronológica en el plano de la producción cerámica, el panorama que proporcionan las investigaciones en el Choapa sugiere que la organización social y modo de vida de las comunidades diaguitas no presentaría transformaciones u oscilaciones importantes a lo largo de su desarrollo preincaico¹⁹⁶, aspecto que debe seguir profundizándose con nuevas investigaciones.

¹⁸⁹ Rodríguez 2005.

¹⁹⁰ Ampuero 1972-73.

¹⁹¹ Ampuero 1989.

¹⁹² Cantarutti 2010; Cantarutti y Solervicens 2005; Troncoso 1999; 2003a.

¹⁹³ Ampuero 1989, 2007.

¹⁹⁴ Troncoso 2003a.

¹⁹⁵ Cantarutti 2010.

¹⁹⁶ Troncoso 2004a.

En el valle del Elqui el esquema cronológico que distingue dos fases de desarrollo pre-incaico Diaguita se apoya en algunas secuencias estratigráficas domésticas y funerarias, asociaciones contextuales en tumbas y diferencias en patrones de sepultación¹⁹⁷. Sin embargo, dicho cuadro no cuenta con fechados absolutos que lo respalden. Como ya lo hemos indicado, tomando como base el fechado (¹⁴C) del sitio Compañía de Teléfonos, se ha propuesto que la fase I de la cultura Diaguita sucede al PM alrededor del año 950 d.C.¹⁹⁸. De manera tentativa y sin apoyo de fechados absolutos, Ampuero¹⁹⁹ ha estimado tentativamente el fin de la fase I y el inicio de la fase II hacia el año 1.200 d.C. En este escenario urge la datación de un buen número de contextos para evaluar la duración de las fases propuestas en este valle, especialmente considerando que en el valle de Limarí²⁰⁰ dataciones por TL sugirieron un panorama cronológico diferente. A nivel regional, el inicio de la fase de control incaico sobre los diaguitas puede ser establecido alrededor de 1.450 años d.C. Este límite temporal aproximado surge de la consideración de documentación etnohistórica que describe la expansión incaica hacia los valles diaguitas²⁰¹, fechas aceptadas para la expansión imperial fuera de la región del Cusco²⁰², y las propias dataciones de contextos de la fase Diaguita incaica²⁰³.

En términos de la organización social, a partir de la lectura de las crónicas españolas más tempranas se ha descrito a los diaguitas como "señoríos" organizados valle a valle²⁰⁴. No obstante, es importante aclarar que dicho término nunca ha sido empleado explícitamente con la intención de definir lo que desde una perspectiva neoevolucionista se entiende por jefatura o señorío²⁰⁵. Aunque todavía es necesaria mayor investigación para comprender la trayectoria histórica de la organización sociopolítica de los diaguitas en los diferentes valles del NSA, el actual estado de la investigación sugiere que antes de su incorporación al Imperio Inca los diaguitas poseían una organización social de carácter segmentario²⁰⁶, constituyendo lo que otros investigadores describen como una asociación de grupos locales o caseríos autónomos²⁰⁷.

La sociedad tribal es entendida como una coalición de unidades segmentarias similares, correspondientes generalmente a linajes o grupos de linajes²⁰⁸. Dichos grupos multifamiliares, también llamados grupos locales, son descritos como comunidades relativamente autosuficientes en términos económicos y políticos, cuyas residencias conforman caseríos o aldeas. Son por lo general grupos corporativos que comparten la propiedad y derechos sobre recursos productivos, como el acceso a tierras de cultivo. Al mismo tiempo, son grupos que suelen mantener importantes lazos asociativos entre sí, mediante instituciones integrativas pantribales como sistemas matrimoniales, grupos etarios, calendarios rituales, o alianzas militares, que pueden involucrar obligaciones económicas complementarias y recíprocas entre

¹⁹⁷ Ampuero 1972-73, 1977-78, 1989; Cornely 1956a; Montané 1969; Montané y Niemeyer 1960.

¹⁹⁸ Ampuero 1972-73.

¹⁹⁹ Ampuero 2007.

²⁰⁰ Suárez *et al.* 1991.

²⁰¹ León 1983; Silva 1985.

²⁰² Adamaka y Michczyński 1996; Bauer 2004; D'Altroy 2002.

²⁰³ P.ej. Becker *et al.* 2004; Cantarutti y Mera 2004; Troncoso 2004a; Troncoso *et al.* 2009; Stehberg 1995.

²⁰⁴ Ampuero 2007; Ampuero e Hidalgo 1975; Hidalgo 1989.

²⁰⁵ Carneiro 1981; Creamer y Haas 1985; Earle 1987, 1988, 1997; Service 1962.

²⁰⁶ Creamer y Haas 1985; Parkinson 2002; Sahlins 1961; Service 1962.

²⁰⁷ Carneiro 2002; Johnson y Earle 2000.

²⁰⁸ Parkinson 2002; Sahlins 1961; Service 1962.

linajes, clanes, o parcialidades organizadas dualmente en mitades²⁰⁹. En contraste con los señorios o jefaturas, las comunidades tribales no ofrecen subordinación política a una administración central supracomunal, ni la existencia de élites sociales. Cada grupo local suele tener un líder que adquiere este estatus de autoridad comunal a través de sus condiciones y logros, siendo muchas veces aquella autoridad de carácter temporal²¹⁰. El estatus y el prestigio de los diferentes miembros de la comunidad por lo general se derivan de las habilidades adquiridas (p.ej. en manufacturas, procura de alimentos, guerra, comercio, ceremonialismo) y los roles que juegan las personas dentro del grupo; rara vez la riqueza y el estatus social amasado son heredados. Por lo tanto, es difícil que desigualdades sociales significativas perduren en el tiempo²¹¹.

Distintas líneas de evidencias arqueológicas tienden a apoyar la idea de una organización tribal para las comunidades diaguitas. Por un lado, los estudios en Choapa y Limarí muestran un patrón de asentamiento disperso, sugiriendo un uso del espacio centrado en unidades residenciales de tipo familiar que ocupan diferentes sectores de los valles, implicando una escasa interacción cara a cara por parte de sus habitantes²¹². Por otro lado, no hay sitios diaguitas que destaquen por la presencia de una infraestructura que refleje planeamiento central y la extracción de mano de obra por parte de un líder (p.ej. arquitectura pública, trabajos defensivos, monumentos mortuorios, infraestructura agrícola) o por la existencia de instalaciones administrativas o de almacenaje. En otras palabras, la administración y el control centralizado de recursos a nivel regional no parecen existir. A pesar de que es muy posible que algunos sitios habitacionales sirvieran al desarrollo de actividades de congregación política y ceremonial, es difícil identificar a alguno de ellos como un centro ceremonial o político principal. De la misma manera, los estudios sobre alfarería sugieren una producción centrada en el hogar, replicando la idea de la autosuficiencia de la unidad residencial, más allá de una posible especialización alfarera en virtud de la complejidad involucrada en la manufactura y manejo de los patrones decorativos de esta cerámica²¹³.

El tratamiento funerario dado a los individuos enterrados también favorece la idea de un débil ranking social y la ausencia de élites familiares entre las comunidades diaguitas. En este sentido, los contextos funerarios diaguitas preincaicos tienden a compartir en el tiempo ciertos patrones de sepultación dentro de un mismo valle, con cantidades y tipos de ofrendas no muy diferentes²¹⁴ (Figura 15). No obstante se reconocen en el valle de Elqui variaciones en los patrones funerarios que podrían pensarse como ejemplos de diferencias de estatus al interior de los grupos. Un hallazgo que ejemplifica lo anterior es el de la sepultura N° 70 del sitio El Olivar, excavada por Samuel K. Lothrop y reportada por Mary S. Slusser²¹⁵. Esta incluye una inusual cantidad de adornos en oro y cobre, cuentas probablemente de turquesa, vasijas cerámicas de estilo Transición, un recipiente de concha de loco (*Concholepas concholepas*), y aparentemente el entierro de un camélido completo. Si bien el contexto no cuenta con fechados absolutos, la cerámica de estilo Transición y la ofrenda de camélido sugieren

²⁰⁹ Carneiro 2002; Johnson y Earle 2000; Sahlins 1961; Service 1962.

²¹⁰ Carneiro 2002; Creamer y Haas 1985; Fowles 2002a; Johnson y Earle 2000; Redmond 2002.

²¹¹ Adler 2002; Bogucki 2002; Fowles 2002b.

²¹² Troncoso 1999; Troncoso y Vergara 2013.

²¹³ Pavlovic 2003.

²¹⁴ Ampuero 1989, 2007; Cornely 1956a; González P. 1996; Rodríguez 2005.

²¹⁵ Slusser 1950.

una antigüedad preincaica. Análisis bioantropológicos confirman la práctica extendida en el valle de la deformación craneana tabular erecta (con dos subtipos) en individuos de ambos sexos²¹⁶. Al menos entre individuos atribuidos a la fase II del sitio Punta de Piedra, esta práctica no parece involucrar una distinción económica de estatus²¹⁷.



Figura 15. Enterratorios asignados a la cultura Diaguita: a) Enterratorio con camélido sitio El Olivar (Foto: Gabriel Cantarutti); b-c) Enterratorios en cista sitio Peñuelas 21 (Fotos: Archivo Musco Arqueológico La Serena).

Es interesante advertir que en el Elqui los distintos patrones funerarios atribuidos a la fase I parecen mostrar una tendencia hacia los entierros de carácter individual, mientras que durante la fase II son comunes los entierros que incluyen a más de un individuo en una misma sepultura²¹⁸. Más aún, en este valle y entre otras formas de sepultación se ha distinguido un patrón característico atribuido a la fase II: las estructuras funerarias conocidas como tumbas de cistas, en las cuales aparecen dispuestos entre uno y cinco individuos incluidos hombres, mujeres y niños²¹⁹. Superposiciones y la condición desarticulada en la que muchos de estos esqueletos son encontrados indican que las sepulturas eran periódicamente reabiertas para acomodar a nuevos individuos en su interior. El considerable peso de las lajas que componen las cistas apunta al trabajo de pequeños grupos de tarea, quizás de carácter familiar, en el transporte y construcción de las unidades funerarias. De cualquier modo, este tipo de sepulturas no parece representar un privilegio reservado a una minoría acomodada, sino a unidades familiares. Grupos de hasta 20 tumbas de cistas suelen encontrarse dentro de un mismo sitio, lo que ha llevado a proponer a algunos autores²²⁰ que estos conjuntos discretos de tumbas pudieran representar distintos linajes o familias extendidas. Sin embargo, solo estudios arqueológicos más detallados combinados con análisis bioantropológicos permitirán investigar esta hipótesis en el futuro.

²¹⁶ Ericksen 1960; 1977-78; Rosado y Vernacchia-Wilson 2006.

²¹⁷ Ericksen 1977-78.

²¹⁸ Pej. Ampuero 1972-73, 2007; Cornely 1953, 1956a; Montané 1962.

²¹⁹ Cornely 1936, 1951, 1953, 1956a; Montané 1962; Slusser 1950.

²²⁰ Cornely 1956a; Ampuero 2007.

Al menos la evidencia actual sugiere que las prácticas funerarias pudieron proporcionar una vía de integración social de carácter ritual dentro de las comunidades diaguitas. El gran tamaño de sus cementerios y la escasa presencia de enterratorios aislados en los contextos habitacionales sugieren la existencia de un espacio-momento de integración de las diferentes unidades sociales que componen a estas comunidades en torno a los difuntos.

La violencia y los conflictos intergrupales entre los diaguitas no han recibido mayor atención por parte de la investigación. No obstante, algunas evidencias bioantropológicas registradas recientemente en el sitio El Olivar (valle del Elqui) podrían sugerir episodios de violencia²²¹. A diferencia de lo observado en el Norte Grande de Chile y otras regiones de los Andes más septentrionales, en donde las instalaciones defensivas o pucaras testimonian periodos de conflicto social durante el PIT, en los valles diaguitas estas construcciones parecen no estar presentes. La presencia de violencia y conflicto, por tanto, es un tema no resuelto que requiere ser evaluada a futuro por medio de investigaciones orientadas a tal temática.

Tradicionalmente se ha propuesto que al momento de la llegada de los españoles los diaguitas poseían una organización política dual, en donde un “señor” encabezaba la jerarquía política de cada mitad de la sociedad²²². Desgraciadamente, las crónicas españolas tempranas no permiten confirmar si dicha organización política trascendió a otras esferas e instituciones de la sociedad (p.ej. parentesco, actividades económicas y rituales). Esto dificulta la evaluación respecto a si la división complementaria en mitades pudo ser una estructura introducida por los incas como parte de una estrategia extractiva²²³ o si esta ya se encontraba presente entre los diaguitas.

No obstante lo anterior, la iconografía cerámica diaguita muestra una amplia gama de diseños y estructuras de campos de diseño que se ajustan a principios duales de simetría²²⁴ (Figura 14). Ocasionalmente también, pares “gemelos” de platos de paredes altas, así como platos dobles aparecen como ofrendas en sepulturas, al menos en el valle del Elqui²²⁵. Los patrones decorativos como los tipos cerámicos materializan conceptos duales, pero desconocemos si ello implica necesariamente prácticas sociales institucionalizadas dirigidas a reproducir una organización en mitades²²⁶. Por ende, y a la luz de la evidencia conocida, estas ideas deben ser evaluadas con nuevas investigaciones, discutiendo su compatibilidad y articulación estructural con un sistema social de tipo tribal.

En términos de economía y subsistencia, la información arqueológica existente indica que las comunidades diaguitas preincaicas gozaban de una economía de subsistencia diversificada, con énfasis en prácticas agrícolas a baja escala, complementada con el consumo de recursos marinos, la caza y recolección de plantas silvestres, siendo más discutible una ganadería a reducida escala en el valle del Elqui²²⁷. Desde la bioantropología, análisis de concentraciones de bario y estroncio en restos esqueléticos diaguitas preincaicos del valle del Elqui señalan un mayor aporte de recursos terrestres por sobre los marinos en la dieta de estas poblaciones, reforzando la idea de una economía de subsistencia de carácter mixto²²⁸.

²²¹ Ocampo, comunicación personal 2008.

²²² Hidalgo 1971, 1989; Ampuero e Hidalgo 1975.

²²³ Cfr. Gelles 1995.

²²⁴ González P. 2000a, 2000b, 2001, 2004c, 2008; Troncoso 2005a.

²²⁵ Ampuero 1989.

²²⁶ Cfr. Urton 1993.

²²⁷ Ampuero e Hidalgo 1975; Ampuero 1989; Rodríguez 2005; Troncoso 1999, 1999-2000, 2004a.

²²⁸ Rosado 1998.

La explotación del medio marino se constata a través de la presencia de asentamientos emplazados a lo largo de la costa. Por lo general, estos sitios conforman conchales de distinta magnitud que contienen restos malacológicos preferentemente de machas, almejas y lapas, entre otros bivalvos y gastrópodos, restos de pescado (especialmente jurel), otáridos y aves marinas. Adicionalmente, diferentes instrumentos de pesca y recolección marina han sido documentados tanto en basurales domésticos como en sepulturas, contándose entre ellos distintos tipos y tamaños de anzuelos metálicos en cobre; arpones y barbas de hueso; chopos de hueso para la recolección de gastrópodos, así como pesas líticas para redes²⁰⁹.

La ubicación de los asentamientos diaguitas en el fondo de valles irrigados (rara vez sobre los 1.500 msnm), especialmente sobre terrazas fluviales aptas para el cultivo, subraya la importancia que debieron tener las prácticas agrícolas para estas comunidades²¹⁰. Aunque el hallazgo de herramientas de cultivo tales como palas líticas es escaso, no se puede descartar que estos utensilios hayan sido elaborados sobre materiales perecibles, como la madera²¹¹. En contraste, morteros planos y profundos, así como diferentes tipos de manos de moler son comunes en los sitios habitacionales. La mayoría de estas herramientas se empleó seguramente para moler granos cultivados y silvestres, aunque otros también pudieron ser utilizados para triturar minerales requeridos en la preparación de pigmentos y el desarrollo de actividades metalúrgicas a baja escala. Al menos los incipientes estudios arqueobotánicos en los valles diaguitas más australes²¹² demuestran que el cultivo de quínoa tuvo un rol preponderante. Más al norte, en el valle del Elqui, la alta tasa de patologías orales dentro de la población diaguita preincaica es consistente con una dieta rica en carbohidratos, hecho que es común a las sociedades agrícolas²¹³.

La caza y recolección terrestres también complementaban la economía diaguita. Posibles campamentos preincaicos en las cordilleras de Elqui y Limarí, que aún aguardan excavaciones, abren la posibilidad a la existencia de movimientos estacionales en procura de recursos específicos (p.ej. líticos, faunísticos). Por otro lado, herramientas de molienda y puntas de proyectil líticas comúnmente encontradas en los sitios residenciales seguramente fueron empleadas en parte para el procesamiento de plantas silvestres y la caza de animales. La elaboración de distintos tipos de artefactos en huesos de camélido (p.ej. instrumentos aguzados, agujas, adornos, cucharas y espátulas) sugiere un aprovechamiento integral de estos animales (carne, huesos, cueros, fibras) para la alimentación y la elaboración de otros productos como herramientas y prendas de vestuario²¹⁴. Aunque no hay dudas respecto al consumo de guanacos entre las comunidades diaguitas preincaicas, el aprovechamiento y manejo de otras variedades de camélidos, especialmente de llamas, es más difícil de evaluar. Mientras las investigaciones en la hoya del Choapa descartan la presencia de vicuñas y llamas en contextos arqueológicos preincaicos, en el valle del Elqui la evidencia aún no es concluyente. Mientras algunos análisis zooarqueológicos han comprobado solo la presencia de guanacos en contex-

²⁰⁹ Ampuero 1972-73; Biskupovic y Ampuero 1991; Cornely 1956a; Jackson *et al.* 1994; Montané 1960; Montané y Niemeyer 1960; Rodríguez 1973; Troncoso 1999-2000.

²¹⁰ Troncoso 1999-2000; Rodríguez 2005.

²¹¹ Gutiérrez y Yakuba 2005.

²¹² Belmar y Quiroz 2003a, 2004.

²¹³ Rosado 1998; Rosado y Vernacchio-Wilson 2006.

²¹⁴ Becker 2004.

tos funerarios²³⁵, otros abren la posibilidad al uso de llamas en contextos domésticos y funerarios atribuidos al PM o inicios de la cultura Diaguita²³⁶.

Aunque no muy frecuentes, el hallazgo de herramientas y adornos personales metálicos elaborados mayoritariamente en cobre (o quizás en aleaciones de este metal), así como de pequeños crisoles, e incluso restos de escoria, indica que los diaguitas poseían una industria minero/metalúrgica de pequeña escala²³⁷. Destacan dentro de este universo objetos característicos como distintos tipos de aros, hojas de cuchillo, cinceles, anzuelos y leznas. Otros objetos como campanillas piramidales de bordes plegados, hachas y tensores, son todavía menos frecuentes, al tiempo que su adscripción a tiempos preincaicos o incaicos no es clara. La relativa escasez de todos estos objetos en los contextos podría relacionarse con sesgos de la propia investigación o quizás con el acceso limitado a ciertos tipos de objetos de metal entre los miembros de las comunidades. En este sentido, no es posible descartar que el acceso a varios de los objetos terminados o incluso a materias primas (minerales, metales) pudiera vincularse con redes de intercambios regionales y macrorregionales con otras sociedades, en el marco de una economía de bienes de prestigio. Algo similar podría ocurrir en el caso de la industria lapidaria representada por la elaboración de adornos y cuentas de piedra (p.ej. crisocola, malaquita, turquesa), a la que se suma la manufactura de adornos de concha y hueso.

Una temática debatida en el último tiempo es la identificación de un arte rupestre Diaguita. Si bien no hay un consenso claro entre los investigadores, se reconoce la presencia de diseños que muestran tanto motivos como patrones de simetría propias a estas poblaciones, tales como escalerados y grecas, algunas de las cuales forman parte de representaciones de rostros, también conocidas en la literatura como máscaras²³⁸ (Figura 16). A diferencia de lo que ocurre en tiempos previos, se observa una alta profusión de estas representaciones en los valles de Choapa y Limarí, las que se emplazan fuera de los espacios habitacionales, de preferencia en rutas de movilidad que conectan con valles aledaños, actuando como un arte público que permitiría el flujo de información y significados relevantes socialmente entre las diferentes unidades que conforman estas comunidades.

La riqueza y complejidad de los lenguajes visuales diaguitas han sido un aspecto resaltado por varios investigadores, especialmente en su cerámica. Trabajos en las últimas décadas han sistematizado y evaluado su diversidad, mostrando una heterogeneidad en los tipos de patrones decorativos presentes en los diferentes valles, específicamente en el Elqui y Choapa²³⁹. Junto con la presencia de elementos duales en la organización de las prácticas decorativas alfareras, se ha planteado la posibilidad que los diseños y su organización en la vasija repliquen principios básicos del arte chamánico²⁴⁰. En efecto, a partir de la observación del arte Diaguita, así como de otros estilos de arte visual etnográfico sudamericano, vinculados con religiones chamánicas, especialmente amazónicas, como los Tukano, Shipibo-Conibo y Caduveo, se ha propuesto un conjunto de caracteres comunes entre todos ellos. En relación con los aspectos externos al estilo de arte visual en sí mismo, una característica que los agru-

²³⁵ Becker y Cartajena 2006.

²³⁶ Labarca y Calás 2012.

²³⁷ Ampuero 1989; Cornely 1956a; Mayer 1986; Latorre y López 2011.

²³⁸ Troncoso 1999, 2004b; Cabello 2003, 2005, 2011; Jackson *et al.* 2002.

²³⁹ Cornejo 1989; González P. 1995a, 2000a, 2000b, 2001, 2004c, 2008, 2010.

²⁴⁰ González 2000a, 2001.

pa es la asociación a un *alter ego* chamánico (jaguar, anaconda, felino) y la práctica de consumo de alucinógenos.



Figura 16. Representaciones de rostros en el arte Diaguita: arte rupestre del valle de Choapa (Fotos: proyecto FONDECYT 1080360) y cerámica depositada en el Museo de Limarí (Proyecto FONDECYT 1110125).

Sin embargo, los paralelos más interesantes se observan al considerar las características de su arte visual. Se trata de diseños que manejan una compleja simetría para articular los motivos, registrándose tres o más principios simétricos operando conjuntamente, y con un reiterado énfasis en la reflexión en espejo. Otra característica es la continuación sin fin o poder autogenerador de los diseños, que los dota de una cualidad notoriamente rítmica. También está presente el mencionado principio de *horror vacui*, el seccionamiento de los diseños en campos delimitados, la posibilidad de ser percibidos en positivo y negativo. A su vez, la utilización de motivos geométricos (estrictamente no figurativos) y la complejidad de la composición que los hace difícilmente inteligibles constituyen otro de sus rasgos característicos. Se trataría de procedimientos de elaboración refinados y sistemáticos, reconcentradas letanías visuales, de gran abstracción y sutileza, que generarían una suerte de atracción hipnótica. En poblaciones etnográficas se constata la reproducción reiterativa de los diseños en diferentes soportes: pintura facial, decoración de textiles, cerámica y muros de casas.

Desde otra línea de evidencia, se ha planteado también que el plato zoomorfo/antropomorfo representaría a individuos con un rol central en la organización social y cosmovisión de estas poblaciones²⁴¹ (Figura 16). La organización de la decoración cerámica, con dos mitades mediadas a partir de un centro que es un personaje que combina elementos humanos y felínicos, ha llevado a proponer que nos encontraríamos ante personajes relevantes en la vida social Diaguita que pueden ser interpretados o pensados como un chamán; un sujeto

²⁴¹ Troncoso 2005a.

que, al menos en el mundo andino, reúne la cualidad de unir opuestos y la transformación en un *alter ego*. Es interesante mencionar que en contextos mortuorios diaguitas preinkaicos (por ejemplo Estadio de Illapel, El Olivar), se ha reconocido sujetos asociados a parafernalia alucinógena, ya sea por medio de espátulas de hueso o conchas usadas como recipientes²⁴².

Más allá de estas interpretaciones, lo cierto es que los lenguajes visuales son un elemento central en la conformación y reproducción social de estas comunidades, pues detrás de ellas se expresa un conjunto de principios simbólicos que entregan identidad a estas poblaciones. Tanto la presencia de algunos de estos patrones en el arte rupestre, como en las vasijas de los sitios habitacionales dan cuenta de un flujo de información y de contenidos que vinculan a comunidades que, a primera vista, podrían parecer dispersas en el espacio.

4. Conclusiones

Las comunidades alfareras del NSA muestran un desarrollo continuo a lo largo de aproximadamente 1.500 años, en el que se expresan heterogeneidades culturales entre, al menos, las regiones Tercera y Cuarta producto de trayectorias históricas, ambientes y relaciones interreales específicas a cada una de estas áreas. En esa línea, si bien la organización de periodos y su caracterización tienden a presentar momentos estancos, ellas más bien representan herramientas que permiten ordenar los procesos históricos y conjuntos materiales de la región de manera clara, pero que simplifican las complejidades de estas trayectorias y las dinámicas que establecen estos grupos a lo largo de su desarrollo. La incorporación de este territorio al *Tawantinsuyo* durante el siglo XV se establece sobre las comunidades Copiapó y Diaguita y, sin duda, las formas en que se dio este proceso respondió tanto a las particularidades de cada uno de estos grupos, como a las tradiciones y trayectorias históricas presentes en cada uno de los espacios.

En su afán de establecer organizaciones espacio-temporales la arqueología ha priorizado los quiebres en estos desarrollos por sobre comprender las trayectorias de cambio y continuidad en el NSA; los matices y articulaciones que se establecen entre continuidades materiales y de prácticas sociales con sus cambios, son los que nos entregan la riqueza cultural de la experiencia histórica de estas comunidades y, seguramente, permitirán interrogar de manera más profunda el rico registro arqueológico de la región.

Relevante es cómo estas diferentes trayectorias parecen ir asociadas a ritmos de cambio distintos en estos espacios, con una temprana aparición de un patrón aldeano de asentamiento en Copiapó, en contraposición con una continuidad en los modos de vida móvil en la zona de Combarbalá-Choapa hasta avanzado el siglo XI de nuestra era. Ello nos muestra que por sobre la aparente homogeneidad que presenta la cultura material del NSA los ritmos de las trayectorias históricas siguieron caminos divergentes, donde por sobre una mera dinámica evolucionista de lo simple a lo complejo, posiblemente se establecieron estrategias de producción y reproducción social de las comunidades que devinieron en caminos hacia la complejidad social poco conocidos hoy en día y que son, sin duda alguna, uno de los principales desafíos que debe abordar la arqueología en el NSA.

²⁴² Truncoso 1999.